





S. CARRILLO

LAS
MUJERES
DE ZOLA

SENSACIONES

DK32

C6





1020025124



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

SENSACIONES DE RUSIA

E. Gómez Carrillo

Sensaciones de Rusia

—♦♦—
Paisajes de Alemania
—♦♦—

099123

1905

Colección de libros modernos

BARCELONA

15519

9/4
L



DK32
G6

**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DEDICATORIA

*A mi querido amigo
Don Antonio Sacristán
muy afectuosamente,*

E. G. C.

SENSACIONES DE RUSIA

LOS PASAPORTES

—¡Wirballen!... ¡La frontera...
¡Todo el mundo cambio de tren...
Y á medida que la voz estentórea
pasa entre los camarotes del
Nord-expresso, una ligera inquietud
apodérase de los viajeros. No
hay uno sólo que no tenga alguna
aprensión. Y es que se han contado
en el orbe entero tantísimas historias
desagradables sobre las arbitrariedades
de los funcionarios rusos, que nadie
puede sentirse seguro. Ayer nada
menos los periódicos ingleses y
alemanes hablaban de dos periodistas
detenidos en la frontera polaca y
encarcelados durante tres días por haber

tratado de introducir algunos paquetes de periódicos liberales.

¡Wirballen!

Ya el tren se ha parado. En cada portezuela, dos cosacos. Dentro, una invasión de *nossilchtchik* que se apoderande nuestras maletas y que se las llevan Dios sabe á dónde, murmurando frases misteriosas. Nosotros vamos tras ellos. Al llegar á la puerta de la Aduana, la palabra temida.

—¡Pasaporte!

Ya lo entregamos, y un empleado nos explica que es necesario esperar que sea examinado para que se autorice el registro de nuestro equipaje.

—Si está en regla—dice—es cosa de pocos minutos.

Y nosotros pensamos: ¿Pero si no está? ¿Si se les ocurre que falta una coma? ¿Si se ha olvidado un sello? Y las anécdotas acuden en tropel á nuestra memoria; las anécdotas de franceses, que tienen necesidad de regresar por no haber pensado en un *visa* consular;

las anécdotas de yanquis, que se quedan ocho días en la frontera esperando la traducción de sus pasaportes.

¡Icono, que ocupas el fondo de la inmensa sala entre dos cirios enormes que arden y dos ramilletes que se hielan; santo Icono de la santa Rusia, tú que ayudas á Kuropatkin, tú que iluminas á los consejeros del czar; Icono vestido de telas de oro, Icono coronado de estrellas, protégenos contra los funcionarios que examinan nuestros pasaportes!

LAS VIAJERAS

Con la alegría de los que han salido fácilmente de una imaginaria dificultad, volvemos al Nord-expreso, que ya no es el mismo y que no sólo es mejor, más amplio, más cómodo, sino también

más lujoso. El comedor, decorado con pinturas al fresco, está lleno de gente. Es la hora del te. Y una frase de cierto personaje de comedia francesa viene á los labios:

—Yo no pago el suplemento de los trenes de lujo sino para ver mujeres bonitas.»

Vale la pena, en verdad. Porque no hay en ningún lugar del mundo una mezcla tan variada de tipos, un ramillete igual de sonrisas. Allí están las parisienses. Son la mayoría. Son, también, la flor y nata. Sus trajes, sus cuerpos, sus elegancias, sus malicias, sus coqueterías, todo lo que constituye el encanto de la muñeca moderna, está en ellas y en ellas vibra. ¡Y cómo ríen! ¡Y con cuántos mimos, con cuantísimo estudio miran! Al lado de ellas, las alemanas parecen de madera; de una madera muy bien torneada, muy barnizada, muy fresca; pero madera al fin.

Sus actitudes son invariables. Ni se mueven, ni *flirtean*, ni si-

quiera parecen tener conciencia de que son bellas y de que son mujeres. Así, poco éxito. Pero, en cambio, sus hermanas las austriacas, rivalizan con las más seductoras, uniendo la frescura germánica al arte francés. Luego, menos numerosas, las bellezas morenas, las que aquí son exóticas, con sus ojos de fuego, las que contrastan con las pálidas eslavas de pupilas blancas... Y hay, dominándolo todo, una miss.

¡Qué bien dice aquella frase vulgarísima que cuando una inglesa se pone á ser bonita, redime á todas sus compatriotas del pecado de fealdad!

Esta es deliciosa. Hay en ella algo de joya y algo de flor. Es como un esmalte animado. Su vista es una caricia. Se goza castamente de ella, de la gracia que sus labios exhalan, de la alegría de sus ojos, de las curvas de su cuerpo; se goza casta é infinitamente, cual ante un milagro. Y como ella lo sabe, sin duda, y como es evan-

gética, aun en esta tierra polar está vestida lo mismo que nuestras paisanas en verano, con una camisilla de transparente lino y con una falda ajustada.

LA NIEVE

...Y como las camas son excelentes, y como el cansancio es el más poderoso de los opios, nos levantamos cuando el sol lleva muchas horas de alumbrar la estepa. Y alumbrar no es un decir. El sol es pálido; pero es luminoso. No tiene forma; es como una custodia desdorada y maltrecha vista á través de lentes opacos. Tiene algo de cómico. Su miseria aumenta la miseria del paisaje. Y sin embargo, su luz sutil lo ilumina todo, lo aclara todo, lo embellece todo. La nieve, á su caricia, cubre de puntos diamantinos.

¡La nieve!

Vosotros, los que no habéis pasado por aquí, no tenéis idea de lo que esta palabra significa. La nieve es la divinidad terrible, la obsesión durable. Es el sudario que cubre la inmensa tierra muerta. Y es infinita y es todopoderosa. Más allá del horizonte ella reina siempre. Ella es la que convierte los pinos en juguetes de porcelana; la que envuelve entre albos algodones los pajares; la que hace techos marmóreos á los altísimos haces de leña; la que le fabrica una corona al pozo; la que oculta la sordidez de los tejados.

¡La nieve!

En donde mejor se ve su angustia y triste grandeza es en los inmensos espacios vacíos, sin plantas ni seres, en las llanuras fabulosas que se extienden á nuestra derecha. Allí nada rompe su armonía. Ella sólo, orgullosa, va hasta el horizonte en ondulaciones voluptuosas, y suprime hasta la

idea de la vista vegetal. Su blanca se matiza de las más finas tintas, de los más tenues reflejos y se dora, y se ruboriza y se platea, y cobra luces celestes, y llega, á veces en sus curvas más pronunciadas, á teñirse de misteriosas fosforescencias violáceas.

¡La nieve! ¡La nieve!

¡Cuán bella es! ¡Pero cuán cruel!

Los habitantes de la estepa se la representan convertida en dios con la nariz encarnada y el manto blanco. Le llaman Moróz. Lo adoran con terror supersticioso, y, lo mismo que los cartagineses á Baal, le ofrecen, en triste holocausto, sus pobres vidas sin alegría. Todos, en efecto, mueren por él; todos, hasta los osos pesados y rítmicos; todos, todos, hasta los pinos melancólicos y esbeltos.

LA LLEGADA

¡San Petersburgo!... De un extremo al otro del Nord-expreso, el anuncio de la próxima llegada produce una sensación de placer y de inquietud. Las frentes se apoyan en los cristales de las ventanillas y la vista busca, á través de la nieve, allá, á lo lejos, el panorama de la ciudad. ¡San Petersburgo, San Petersburgo!

Y, poco á poco, en el espacio helado, bajo un cielo opaco, van surgiendo los edificios principales que ocupan las acrópolis. Y son cúpulas doradas, y son infinitos domos multicolores, de estilo bizantino, formando familias arquitectónicas, en las que los pequeños se acogen á la sombra de los grandes; domos variadísimos que, á veces, son cual un fruto maduro en la cima de un tallo, y, á veces, se abren en pétalos áureos, como inmensas flores asiáticas, como lotos monstruosos; do-

mos que seducen y desconciertan, que se ocultan unos tras otros, que surgen de pronto, que dominan el paisaje, y que, tutelares y caritativos, ponen en el ambiente de frío y de bruma un poco de luz, de capricho, de alegría. ¡San Petersburgo! Y vemos, ya cerca, en una plaza inmensa, en medio de edificios que aun no se precisan, la columna célebre, en cuyo remate se yergue el ángel de bronce. Vemos las torrecillas agudas del Almirantazgo y del Volkovo, las cruces extrañas de cien iglesias, las columnatas, las estatuas... ¡San Petersburgo! Todo es grande en el panorama. Las calles no tienen fin y se pierden en el horizonte. El río helado, por el cual pasan enormes carretas, se ha convertido en una cantera de hielo. Los ojos no pueden cansarse de contemplarlo. Es lo más singular, lo más exótico que pueden imaginaciones meridionales figurarse. Barcos de tres palos están prisioneros en sus aguas; bajo sus puen-

tes, los vendedores ambulantes han plantado tiendecillas de campaña, y calientan el samovar; en todas direcciones los grupos de patinadores pasaban rápidos y rítmicos. ¡San Petersburgo!

 EN TRINEO

Henos aquí. Ninguna dificultad. Nadie nos ha pedido el pasaporte al bajar del tren. Ningún funcionario de barbas hirsutas nos ha interrogado. Los de la Aduana, allá en la frontera, apenas entreabrieron nuestras maletas y sólo nos pidieron nuestro *pass*, cual ellos dicen, para ponerle un sello. Henos aquí, en nuestra troika sonora. ¿Por qué ocultarnos á nosotros mismos la sensación que experimentamos? Como el poeta, vemos complacidos que aun podemos hallarnos «cu-

riosos de todo y de todo admirados». Tenemos curiosidad de ver como anda este vehículo, bajo y ancho, sin ruedas; tenemos curiosidad de saborear las caricias del aire helado; tenemos curiosidades de todas clases, infantiles y frívolas, alegres, con voluptuosidad. Así, en cuanto el mujik, de pantalón rojo y de abrigo peludo, empuña las triples riendas, nos arropamos bien en los abrigos de nutria aterciopelada, y esperamos. Hay algo de beato en nuestras almas. Ligeras esperanzas, ligeros temores nos animan. ¿Qué vamos á encontrar allá, al volver de aquella esquina; allá en donde comienza la ciudad formidable y enigmática? ¿Asistiremos á un segundo acto de la tragedia? ¿Veremos levantarse el sol de púrpura? Junto con estas graves preguntas, otras muy nimias acuden. ¿Será polar, será mortal el frío? ¿Será la vida muy rara? Y, ¿por qué negarlo?, también nos preguntamos: ¿Serán bonitas la rusas; serán como aque-

llas que, en los bajos relieves del admirable Truketzkoj, se yerguen cual iconos, ó como aquellas del pintor Widhopff, que tienen ojos glaucos y sonrisas de Jocondas?...

El campanilleo de los arneses ha interrumpido las soñaciones. Un riendazo, una exclamación gutural del auriga, y henos aquí en plena realidad, resbalando rápidos sobre la nieve. Las calles van abriendo sus perspectivas ante nuestro galope. Porque aquí el paso rocicante de los simones es desconocido. Todos los trineos corren dejando nubecillas de hielo en sus huellas, todos, desde el modesto que guía un *izvochchik*, hasta el señorial que, tirado por una cuádriga, lleva á los grandes duques de paseo. El nuestro es una troika, algo como un carro romano, con sus tres caballos enganchados en forma de un abanico, con su cochero casi de pie, vocinglero y gesticulador, con sus arcos llenos de cascabeles y de campanillas que suenan, que ale-

gran, que llenan la calle y que nos hacen repetir mentalmente los versos de Edgardo Poe:

Los trineos matutinos
con sus toques argentinos,
pasan locos entre risas...

Porque, en efecto, hay algo de locura alegre en este resbalar vertiginoso, que deja apenas entrever las tiendecillas bajas, en el fondo de las cuales, en pleno medio día, arden las lámparas de gas, y que da á los edificios que se encuentran formas alargadas y temblequeantes. Hay locura, sí; pero sobre todo hay, para nosotros los que venimos de muy lejos, sorpresa inquieta. ¡Qué sensación tan penetrante! La nieve del suelo, cortada por los patines de acero, salta hasta nuestro rostro, mientras los copos, más suaves, vienen volando á posar sus alas albas en nuestros abrigos, en nuestras gorras. Todo es blanco. Los caballos llevan las crines empolva-

das, como pelucas de marqueses Luis XV. En las barbas del mujik que conduce, el aliento se ha helado y forma estalactitas. Las riendas, á pesar de su perpetua sacudida, se llenan de puntos immaculados. En las aceras nada sobresale. Los bancos, los kioscos, las vidrieras, todo es blanco, blanco. Y ante nosotros, una anchura admirable, cual una gigantesca vía sacra de mármol nuevo, se extiende á pérdida de vista la Perspectiva.

EN EL HOTEL

Estos que el ingenuo Bædeker llama grandes hoteles, no son, en realidad, sino hoteles grandes—muy grandes, eso sí,—más grandes que cualquier *caravanserail* parisiense, tan grandes como un «palace» neoyorkino, y sobre todo

muy complicados, con cien escaleras diferentes, con pisos que no están nivelados sino que bajan y suben por medio de gradas, con puertas en varias calles, con pasillos enormes y oscuros. Todo esto obedece á que, en su formación, estos hoteles han seguido un sistema igual al de la patria rusa: han ido anexionándose las casas vecinas conquistadas con oro. Desde fuera, contemplando las fachadas del nuestro, cuento hasta siete fábricas diferentes. Pero á los propietarios les parece que basta con pintar todos los muros exteriores de un solo color para establecer la unidad.

El *confort* ruso es sumario. Lo indispensable le parece suficiente. Así, en los hoteles, nada de *halls* como aquellos que en Londres, en París, en Bruselas, en Berlín, en todas partes, sirven de sala de descanso durante el día y se animan al anochecer con lánguidas músicas de *tziganos*. No, nada de músicas. Nada de lujo, ni siquiera una

sala de café, ni un *bar* á la americana con altos taburetes. Las salas mismas de lectura—el «salon», como dicen pomposamente los señores gerentes,—son estancias reducidísimas, con doce sillas incómodas, una gran mesa cubierta de periódicos y un velador diminuto con recado de escribir. Allí es en donde los huéspedes esperan turno para ir escribiendo uno tras otro su correspondencia; allí es en donde nos amontonamos todos tratando de leer el periódico del día; allí, en fin, en donde las rubias misses y las ondulantes demoiselles, establecen sus flirteos á la hora clásica del te.

¡Y los muebles! Hay en los periódicos ilustrados parisienses un grabado que simboliza el gusto de este pueblo. Es una sala pequeña en el palacio imperial. El czar y la zarina, sentados uno frente á otro, callan. Y las ilustraciones escriben al pie: «Nada tan distante de la idea que nos formamos en Europa del lujo imperial, como

esta realidad modestísima.» En efecto, los muebles de palacio, como los de mi hotel, todos los muebles de toda la santa Rusia, son de un estilo pasado, viejo, sin elegancia. Diríase que la influencia europea se detuvo allá en el año 48, en tiempo de Jorge Sand, después de haber llenado las almas de vagos anhelos idealistas y los salones de enormes sofás á lo Luis Felipe, de frondosos cortinajes de reps florido, de espejos cuyo marco rematan dos angelotes que sostienen una guirnalda de rosas.

Y todo esto muy mal alumbrado... Porque se diría en verdad, que gastando toda la lumbre en calentarse, los rusos no tienen para iluminar sus calles y sus casas sino unos cuantos cabos de vela.

UN AMIGO DE DON JAIME

En la confusión cosmopolita

que reina al anochecer en la sala de lectura—en el «salón»,—encuentro una figura conocida. Es la de Jean Rodes, el corresponsal del *Matin* en la Manchuria, que ha venido aprovechando la tregua del invierno á hacer un viaje á París y que ahora regresa á su puesto avanzado. ¡Veinticinco días de ferrocarril por tener el gusto de apurar una copa de ajeno en el bulevar! Y uno no comprende esto cuando piensa en ello tranquilamente sentado en su butaca sedentaria.

—Pero—me dice Rodes,—después de haber vivido una existencia cual la que llevamos en la China, entre los ejércitos de Rusia y Japón, sin comodidades, sin placeres, sin poder siquiera tener el goce íntimo de cumplir bien nuestros deberes, sería uno capaz de atravesar el mundo para ir á dormir una noche en su pueblo.

Luego, animado por una pregunta mía, háblame de D. Jaime, su amigo D. Jaime, con quien cenó

muy á menudo durante la primera parte de la campaña, su amigo el príncipe liberal, el entusiasta de la democracia.

—Es natural—dice—que aquel chico sea en ideas lo contrario de lo que es su padre. Ha leído y ha vivido. Conoce á los hombres. Ve, en Rusia, lo que se consigue á la larga con un régimen de religión regia. Sí, es natural. Lo extraordinario sería lo contrario. Porque se comprende que un monarca reinante, á quien desde la cuna le ocultan la realidad, tenga aún ideas reaccionarias; pero un príncipe vagabundo y curioso, no. Lo que yo publiqué en *Le Matin* no fué sino un pálido resumen de nuestras largas charlas.

A veces casi me parecía que era, en cuestiones políticas, más avanzado que los fundadores de la tercera República francesa ¡Si le hubiese usted oído hacer el elogio de Combes! Su palabra era elocuente, noble y bellamente elocuente al hablar de los obreros,

de los proletarios, de los soldados, de los que sufren, de los que van por un calvario eterno, de los que no ven en la vida sino el deber, de los que sirven para todo, de los que bañan la tierra, ya no con el sudor de su frente, cual en los tiempos bíblicos, sino con las lágrimas de sus ojos y con la sangre de sus venas.

Rodes se detiene, se excusa.

—Ya ve usted—dice—que me dejo llevar por mi entusiasmo.

En seguida, sonriendo:

—Hay en Don Jaime un deseo de vivir una vida no de príncipe, sino de hombre, que no es común en los herederos más ó menos fantásticos de tronos. Así, él mismo me contó la aventura de un buque... ¿No la conoce usted?... Es muy curiosa... Un día su padre le autorizó para comprar un *yacht* de recreo. En vez de *yacht*, adquirió en un puerto de Extremo Oriente un buque mercante que aun estaba lleno de mercaderías. El capitán le dijo:—Permitame usted

que termine mi viaje, y que desembarque mi carga en los puertos de la China. Dentro de un mes estaré de vuelta y entonces podrá usted hacer limpiar el barco antes de navegar en él.» Don Jaime exigió que le diesen su buque en el acto, comprometiéndose á llevar las mercaderías á sus puertos de destino. Así se hizo. El capitán le entregó el mando. Y durante veintitantos días, su alteza, vestido de capitán mercante, fué, de puerto en puerto por los mares amarillos, desembarcando fardos.

—————

POR LAS CALLES DE PETERSBURGO

Hace dos días que no nieva. El termómetro no baja de cero. Entre hielo que, fundido, forma un lodazal sin orillas, los trineos se arrastran difícilmente. Los techos, despojados de sus blancas cubier-

tas, gotean con una monotonía desesperadora. Esta clemencia repentina del clima ha cambiado por completo el aspecto de la ciudad, poniendo á la vista lo que ayer estaba oculto, derritiendo los mantos albos de las estatuas, limpiando los opacos cortinajes de las vidrieras. ¡Y es lástima, os lo aseguro, es una inmensa lástima! Porque así como Nápoles dora sus sordideces con sol, San Petersburgo esmalta de nieve sus miserias.

—

¡Lo que va de ayer á hoy! Ayer había aquí una gran ciudad. Hoy sólo queda una ciudad grande. Los copos complacientes servían de soldaduras á los contrastes, y nada chocaba en la uniformidad virginal. Entre los altos cuellos de pieles, los rostros no tenían más singularidad que la irritación producida por el frío. Era una magnífica capital europea, os digo. Pero ahora, que las vidrieras han recobrado su transparencia y que las solapas monstruosas de los abri-

gos peludos se han bajado; ahora, que nada esconde nada, notamos que Europa se quedó allá del otro lado de la frontera, antes de Wisbalen, y que esto no es, realmente, sino una encrucijada por la cual pasan algunas razas asiáticas. «¡Somos tártaros puros!» — exclama Dostoyewski.

Y si los otros rusos no lo dicen, ó, por lo menos, no lo dicen con gusto, poco importa. Todo aquí proclama exotismo original. Ese lujo vistoso, esa ingenuidad en el amontonamiento de las riquezas, es pérsico. En esos rostros hay mucho de mongol. Esa novelería ante lo que suena, ante lo que brilla, ante lo que sorprende, es de pueblos jóvenes que aun no han sido gastados por civilizaciones tradicionales. Esa misma lengua, en fin, sin durezas propias del Norte de Europa, sin atropellos de consonantes, esa lengua que gorgoja llena de diminutivos y de languideces, es de formación extraoccidental.

No tengo necesidad de ir muy lejos para convencerme de que San Petersburgo es una ciudad improvisada, algo como un barrio de Exposición Universal, ó mejor aún, un campamento de palacios. Los historiadores hablan de doscientos años. En realidad, treinta habrían bastado. Lo importante era tener mucho oro, muchísimo oro. Porque en toda esta arquitectura sin belleza, hay un derroche que pasma de columnatas de mármol, de techos áureos, de torres altísimas, de muros de basaltos. En cualquier callejuela se encuentra, entre dos casuchas, un palacio de piedra roja de Finlandia con cariátides de ónix y puertas de bronce.

Las plazas parecen hechas para que ejércitos enteros maniobren en ellas. En la Morskaja, en la Kazanskaia, en la Vladimirsky, en la Liteiny, en todas las grandes calles, hay edificios á granel. ¡Y qué decir de la Perspectiva Newsky! Es el orgullo de la ciudad.

No admirarla es cometer un sacrilegio. ¡La Newsky! Empero no hay vía petersburguesa que haga experimentar la sensación de campamento, tan bien como esta maravillosa Perspectiva.

¡La Newsky!

Hela aquí sin su nieve tutelar. Es larguísima. Es muy ancha. Es perfectamente recta. Cada cien pasos ostenta un palacio y en cada palacio hay dos ó tres tiendas de lujo. En uno de sus extremos alza la esbelta torre del almirantazgo.

En su centro está la catedral de Kazan con sus mil columnas. Los guías, al acompañaros, os van diciendo, como los gondoleros en el *Canale Grande*, los nombres de los palacios. Este es el Antichkov, éste el del duque Sergio, éste el de Stroganoff, éste el de un banquero, aquél el de una cocota...

Y luego vienen las iglesias, Santa Catalina, las Holandesas,

la de los Armenios, la del convento de San Alejandro. Y en seguida, los teatros, las bibliotecas, los grandes hoteles. ¡Todo muy suntuoso, de acuerdo, todo muy rico! Pero colocáos aquí, en la parte céntrica, en la esquina de la Morskaia, y contemplad el conjunto. ¿No es cierto que ahí falta algo? ¿No es cierto que ahí sobra mucho? Esos techos desiguales que sorprenden sin seducir, esos contrastes entre fábricas sin analogía, esos vacíos repentinos, esa grandeza sin hermosura, en fin, choca y entristece y hace pensar en ciertas calles de Italia, que en quinientos metros, con dos capillas y unos cuantos palacios modestos producen una impresión de majestuosa armonía que aquí falta.

Y si de lo monumental pasamos á lo elegante, á lo que en París y en Londres es tentador, á los escaparates de las tiendas, igual impresión sacamos. Hay muchas vidrieras, sí, y en esas vidrieras hay

muchas cosas. Sólo que están mal presentadas.

El ruso, niño bárbaro, quiere enseñar todo lo que tiene, quiere lucir todos sus trajes, quiere amontonar todas sus joyas. En una ventana hay con que llenar diez ó doce. La promiscuidad es corrientísima. En el mismo sitio se exponen custodias de plata para iglesia y marcos dorados con el retrato de la bella Otero. Las tiendas de los fruteros avicinan con los almacenes de encajes. Entre los quesos de bola y las sedas Liberty, no hay más que un tabique.

Pero quizás todo esto sea muy natural, muy lógico, muy bello y á mí no me parezca hoy lamentable sino por efecto del deshielo. Quizás todo aquí esté hecho para ser visto entre la nieve. Cada ciudad necesita su atmósfera peculiar, su cielo, su sol. Y hoy los copos no han caído, y el rey del Polo no ha soplado sobre nuestras cabezas. Y esto es como si en Sevilla no saliera un día el sol.

LOS SEÑORES FUNCIONARIOS

Ayer estuve en la prefectura de policía. Hoy he estado en el ministerio de Hacienda. Una y otra vez fui en compañía de un joven humorista inglés que cansado de no encontrar en San Petersburgo teatros de género chico, se ha propuesto reir á costa de los funcionarios rusos.

—Es el sistema más barato y más seguro—me dice.

Y en verdad, tiene razón. Porque no hay en el mundo entero un ser tan caricaturesco como el empleado moscovita. Recordad todo lo que, en nuestros paseos forzosos por ministerios, archivos y bibliotecas, os ha hecho reir. Evocad las siluetas goyescas de los viejos que duermen metidos en sus gorros con borla, y de los jóvenes que se acartonan en la inmovilidad del dulce no hacer nada oficinesco. Ved con la imagi-

nación á los seres de Monnier, de Gavarny, de Forain. Haced épicos vuestros recuerdos, en fin, y aun os quedareis muy lejos de la realidad.

Aquí, en primer lugar, el funcionario es casi siempre un caballero de uniforme que lleva veinte cruces en el pecho. Los más modestos se ponen frac y ostentan en el cuello una medalla. En cuanto á los orgullosos, parecen á primera vista introductores de embajadores.

Mi inglés me ha dicho:

—No se asuste usted por el número de condecoraciones. Aquí son inofensivas.

Yo no me he asustado. Me he contentado con tratar de contarlas, y he visto que son infinitas como las estrellas y variables como el mar. Las hay grandísimas, con alas como ruedas de molino; las hay ovaladas, casi oblongas, con picos que van desde el pecho hasta la cintura; las hay, naturalmente, redondas; y lo extraordinario, lo in-

creible es que las hay también que son cuadradas. Cada una tiene su cinta y cada cinta es de varios matices. Así, entre la capa de estudiante clásico, que

toda llena de remiendos
de diferentes colores,
parece un jardín de flores,

y la casaca de un funcionario ruso, no existe diferencia ninguna.

Pero, bajo ese exterior tan solemne, se esconde una alma de *clown*.

—Vea usted cómo tiemblan— murmura mi amigo al abrir la puerta de una oficina.

Y, realmente, en cuanto alguien se presenta, los diez, los doce, los veinte personajes de la estancia ministerial, palidecen y gesticulan y tosen y tiemblan de miedo, figurándose que van á obligarlos á trabajar. ¡Pobrecitos! Todos tratan de hacerse los distraídos ó los ocupados.

—¿Podría usted...?

Pero ninguno deja terminar la pregunta.

—No es aquí—contestan.

Mi buen inglés, cruel y tenaz, continúa interrogando uno por uno:

—¿Podría usted darme un apunte sobre las rentas de tabacos?

No es allí. Los diez lo han asegurado. Y, sin embargo, en la puerta, en letras rusas, latinas y alemanas, el triple rótulo dice:

«Renseignements statistiques sur le tabac.»

—Y eso—termina mi acompañante— que no hemos tenido la suerte de llegar cuando estaban tomando el te.

¡Oh, el te de los funcionarios! Desde el director general hasta el portero, todos toman tres ó cuatro tazas durante el día, y para cada taza necesitan una hora.

—Pero, por fortuna—termina mi inglés—en el imperio del czar no hay más que un funcionario por cada catorce habitantes.

LA OBSESIÓN

En la calle, en las fábricas, lo que se teme es el látigo cosaco. En los centros intelectuales, es el destierro. Y esos que dicen, como el escritor Notovich, que Siberia no es sino una melancólica estación de perpetuo invierno, mienten. Y esos que cuando vuelven indultados, después de muchos años de dolor, después de haber perdido la energía, la fuerza, la vitalidad; esos que vuelven y sólo piensan en curarse y callan medrosos, y á los que los interrogan les contestan que no es aquello tan terrible, esos también mienten.

El pueblo de los intelectuales lo sabe, y por instinto no pronuncia jamás la palabra maldita sin que en sus seres algo tiemble, algo se crispe.

¡Siberia!

Es el infierno de los que piensan. Cuando un poeta tiene un

sueño de libertad, de dicha nacional, de ventura piadosa, ve á lo lejos, en una bruma helada, á una mujer que poniéndose el índice sobre los labios, le obliga á callar. Es la imagen de Siberia. Y cuando en los tímidos arrebatos del alma altruista, un escritor siente que acuden á su pluma palabras de justicia, de verdad, de reparación, una mano invisible detiene su brazo; la mano de Siberia.

En la corte misma, entre los favoritos; en los *boudoirs*, donde triunfan las sonrisas femeninas; en medio de las intrigas galantes y de las maquinaciones políticas; en la antecámara imperial, al pie del trono, la palabra siniestra, sin cesar, suena con sus sílabas de hielo. ¡Tú, princesa rubia que aun crees en la virtud y en el amor, tú que adoras á tu marido el esbeito capitán de la guardia, ten cuidado! Un gran duque te ve con ojos de oso tierno. Si no le sonries pudiera ser que se descubriese mañana un *complot* en el cual tu pa-

dre aparecerá comprometido. ¡Siberia! Y tú, paje noble, tú que sirves á las infantas con elegante humildad, tiembla de sólo pensar que un día una sobrina del César puede vér con complacencia tus ojos azules y tus labios rojos. Para hacerte olvidar, ahí está Siberia. ¡Pero, qué digo! Tú mismo, gran chambelán, y tú, duque secretario, y tú, ministro omnimodo, y tú general glorioso, todos vosotros los que servís de rodillas al Santo Tirano, vosotros y vuestros hijos, ¿no os estremecéis acaso con frecuencia pensando en que mañana una calumnia cualquiera puede hacer enganchar el trineo que va hacia la blanca Siberia?

Justamente, he aquí un libro en el cual se refieren los tormentos de los más nobles *deportados*. Y no es un libro de poeta, no es una novela de visionario, no es un estudio de almas atormentadas, como los de Korolenko. Su autor es una dama que jamás tuvo aficiones literarias; pero que contando con

sencillez lo que sufrió y lo que vió sufrir, ha sabido realizar el milagro de la suprema belleza. ¡Cómo palpitan en sus páginas los cielos niveos del Asia! ¡Cómo se retuercen los condenados del infierno helado!

Oid. La que habla es la princesa Maria Wolkouski, dama de honor de la czarina, que siguió á su marido en su destierro. «Los deportados—dice—trabajaban en la mina desde las cinco hasta las once de la mañana. El resto del día pasábanlo en la prisión, que era el lugar más inhumano que puede soñarse. Mi marido ocupaba, en compañía del príncipe Trubetzkoj y de otro noble, una celda de 2 metros, 13 centímetros de largo, por un metro, 42 centímetros de ancho, tan baja de techo, que ni yo misma podía ponerme en ella de pie. Al llegar, cuando el director del presidio me condujo á aquel sitio, no ví nada. Mi Sergio se precipitó hacia mí, y el ruido de sus cadenas me desgarró el corazón,

exaltándome hasta hacerme arrodillar ante él y besar sus pies descalzos y besar sus grillos. Viendo aquella escena, el carcelero abría la boca, sin poder comprender como una mujer libre, noble, joven, inclinábase así ante los hombres á quienes él trataba peor que si hubieran sido perros.»

Verdad es que este es el régimen de rigor que no se emplea sino durante los dos primeros años con objeto de matar toda energía en el alma del deportado. En cuanto los informes del carcelero establecen la conducta de la humildad, San Petersburgo da la orden de traslado á una ciudad sin presidio y sin minas, en la cual los desterrados sólo barren las calles y edifican los edificios públicos con un frío de 45 grados. Los fuertes resisten. Los que están sostenidos por una fe inquebrantable, no mueren. Ahí está Korolenko, que vive aún, que aun tiene ilusiones, que aun cree en el advenimiento de la libertad. Y para lo futuro

quedan muchos todavía que irán y que volverán. Queda Gorki á la cabeza de ellos. Porque estos regimenes espantosos que matan las voluntades vulgares, que envilecen el alma de las masas, tienen por lo menos la virtud de crear temperamentos inflexibles y de encarnarlos en carne de mártires.

PLACERES DE GRANDES DUQUES

—Esta noche vamos á consagrarla á un viaje por el pais de la alta galantería.

Y durante el trayecto, nuestro bondadoso *cicerone* nos daba pintorescos datos, hablándonos de las fiestas estupendas del restaurant del Oso y del restaurant Donon, de las mascaradas interminables del concierto de Apolo, de los cortejos primaverales de las Islas, del Acuario, en fin y de sus gabinetes particulares.

—Este último—decíanos—es el más característico. Por eso os llevo allí de preferencia. Es al mismo tiempo *Music-hall* y una taberna de lujo, algo como un *Folies-Bergere* que fuese un *Maxims*, un templo de Venus y de Baco al cual acuden los más nobles y los más ricos devotos, dispuestos á todos los holocaustos. Porque en Rusia la borrachera es un mal aristocrático. No hay gran duque, ni gran almirante, ni gran general, que haga ascos á las botellas. Lo único que exige la etiqueta es que la borrachera sea cara. Los que beben *vodka* son despreciables. En cambio, puede beberse *champagne* sin medida. «En los catés cantantes — dice Giffard — se ve la universalidad de la borrachera.» Y Giffard es de los que no exageran. Ya veréis. Hoy, justamente, es día propicio. Entremos.

Lo primero que nos chocó fué que la entrada no costase nada. Luego, ya en el interior, senta-

dos ante una mesita de mármol, nos creímos en un concierto alemán. Por todas partes, comiendo enormes chuletas y bebiendo *chopes* espumosos, las parejas idílicas parecían tan ajenas á la poesía como á la perversidad. Eran, lo mismo que en los cafés de Hamburgo y de Berlín, empleados de comercio y costureras, gente apacible, corazones modestos. El espectáculo del escenario parecía preocuparles más que sus deseos amorosos. Comían, bebían, oían, veían; y estando uno al lado del otro, amándose probablemente, hubiérase dicho que ni siquiera se conocían. Los oficiales mismos, en grupos reducidos, guardaban la mayor compostura.

—¿Aquel es un general?...

Nuestro guía se echó á reír.

—Es un portero—murmuró.

Su pecho, sin embargo, ostentaba veinte cruces, y en sus mangas el oro cubría el paño.

—¿Y aquel otro, muy joven,

con un tricornio y un espadín, es un alférez?

—Aquel es un estudiante.

Entonces callamos, temerosos de seguirnos equivocando, y nos contentamos con examinar los infinitos uniformes que pasaban. Los había negros con adornos blancos, rojos con bordados verdes, amarillos con cintas azules. Los había de corte casi asiático, con anchos pantalones turcos y chaquetas cortísimas; los había magníficos cual trajes de carnaval, llenos de encajes áureos, coronados por morriones de pieles blancas; los había de una sencillez de guardia nacional. Pero eso sí, todos aquellos uniformes encerraban seres muy apacibles.

Aquí—nos dijo nuestro *cicerone*—ahora estamos en el *hall* de las familias. Los que quieren divertirse se encierran en los «salones», como ellos dicen, es decir, en los gabinetes particulares. Una vez allí se acabó la gravedad. Del fondo de los aristócratas, de los mag-

nates, el señor feudal surge, cruel y exigente. Ante su voluntad todo debe doblegarse. Para eso paga. A los camareros los trata como esclavos, y á las mujeres las trata peor aún. ¡Ah, no es fácil formarse idea de lo que aquí les cuestan, á las reinas de Citerea, sus encajes y sus diamantes! Cualquiera duque puede disponer de las artistas de cualquier teatro. Los empresarios son galeotos. Y no hay ley, no hay policía que impida el odioso tráfico. En cuanto uno de esos grupos se pone de acuerdo sobre la belleza de una de las chicas que cantan, ya se sabe: toman un salón y llaman al gerente. «¡Champagne y el número tantos!» Porque para ellos las mujeres no tienen nombre: no tienen más que el número con que figuran en los programas. ¡Y el número tantos tiene que acudir! ¡Y tiene que beber! ¡Y tiene que prestarse á todos los caprichos! Las rebeldías son raras. Las pobres saben que si disgus-

tan á esos grandes señores, el empresario las echará, obligándolas á pagar una indemnización ó haciéndolas encarcelar con cualquier pretexto. Hace apenas quince días una bailarina americana se negó á bailar en la intimidad, ante tres ó cuatro personajes borrachos. Los bárbaros comenzaron por maltratarla brutalmente. Luego para evitar reclamaciones, la acusaron de haberles robado un alfiler de diamantes. Como se trataba de una mujer enérgica que supo hacerse proteger por su cónsul, hubo un escándalo. ¡Pero si supierais lo que se hace con las rusas, que no tienen recursos diplomáticos, ó con las españolas, ó con las italianas! Yo he visto á más de una bella sevillana llorar, con el traje roto y con el cuerpo herido, en esos pasillos misteriosos.

«EL CHTOCHUKINE»

—¡Ya veréis cuán curioso!

Y nuestro trineo seguía su carrera por los márgenes de la Fontanka helada, dejando atrás los barrios ricos, las avenidas palaciegas, las plazas monumentales... Y muy lejos, muy lejos, allá en el fondo de un suburbio, sórdido, detrás del monumento de la Gloria, casi al pie de la popular basílica de Ysmailof, vimos al fin una puerta adornada de íconos.

—Aquí es; entremos.

Entramos. Al principio fué un pasaje, un pasaje pobre, algo como el temple de París, una especie de Rastro lleno de puestos de cosas viejas, bazar de trapos usados, de joyas falsas, de cuadros descoloridos, de armas incompletas, de objetos heterogéneos, atraentes por su misma miseria.

Nos detuvimos ante cada vidriera. Entramos en muchas ten-

duchas. Vimos en montones extravagantes, mezclándose cual frutos de saqueo, los Cristos de plata y los samovares de cobre, las dalmáticas recamadas de oro de las iglesias ortodoxas y las medias de seda color de rosa, Dios sabe de qué pecadoras, las mantas de los más humildes lechos y los encajes principescos, los puñales del Cáucaso, bellos como joyeles, y las ruedas sueltas de las máquinas de coser, los pergaminos historiados y las entregas de las modas elegantes... Gozamos como exploradores en muchos sitios. Examinamos con desconfianza los objetos que nos parecían hallazgos, y siguiendo el sapientísimo consejo baedekeriano, regateamos á la manera judía, ofreciendo veinte kopeks por lo que costaba un rublo. Los vendedores, ávidos é indecisos, juraban primero que no podía ser; luego hacían una rebaja; en seguida corrían detrás de nosotros para decirnos que sí... Y sempiternamente la misma sal-

modia alzabase de sus labios, mientras ataban el paquete:

—Más caro lo pagué yo, caballero; pero los tiempos son tan difíciles... ¡hay tanta pobreza!...

En el fondo de obscuras barracas, mujeres pálidas de perfil semítico hacíannos gestos desesperados invitándonos á entrar. Tenían para ofrecernos, pastillas perfumadas, pastas de afeites, pañuelos de seda, flores artificiales y además ¡oh! además misteriosamente, abriendo mucho los ojos, acercando mucho los labios á nuestros oídos, además tenían talismanes amorosos; filtros mágicos, amuletos encantados.

Es la más grotesca, la más cómica de las ferias.

Pero apenas habíamos acabado de decirlo, cuando nos encontramos en el umbral del inmenso patio que constituye el verdadeso *chichukine*, es decir, el «mercado de los piojos», el antro raro y característico de la miseria petersburguesa, la corte de los milagros

moscovita, la ciudad doliente y pestilente.

Comparando con aquello, lo anteriormente visto en las barracas del pasaje nos pareció rico, cual bazar de *Mil y una noches*. Porque no hay, no puede haber en el mundo, ni siquiera en los ghettos de Africa, un igual espectáculo de asco y de piedad. En el aire, los olores de la manteca rancia, de los harapos húmedos y de los pescados podridos, mezclábanse para hacer irrespirable la atmósfera. La nieve misma del suelo, negra, espesa, parecía exhalar un aliento de descomposición. ¡Y qué decir de aquella hormigueante masa! ¡Cómo pintar aquella multitud famélica, aquel populacho de ciudad medioeval en tiempo de peste, aquel rebaño descolorido, sin esperanza, casi sin vida, animado no más que por el instinto supremo de la animalidad y sólo sensible á esos acicates asiáticos, que son el hambre y el frío! ¡Cómo deciros

siquiera de qué vestían, con qué se calzaban! Ni aun en las escrupulosas descripciones de los ejércitos hunnos existe un catálogo capaz de servir de guía para tal enumeración. Ninguna prenda era de una sola tela. Había pantalones que con sus perneras de diferentes colores, cual los del Arlequino habrían hecho reír, si no hubieran hecho llorar. Las pieles de las monteras, pieles asquerosas, sin un solo pelo, tenían remiendos de paños.

Las faldas de las mujeres, muy cortas por lo general, eran á veces pedazos de alfombras, restos de cortinas. En cuanto á los zapatos, ¡oh, miseria de las miserias!, los zapatos para el hielo perpétuo, solían no ser sino trapos que envolvían los pies... Y para ahondar la sordidez había entre todo aquello, manchas vivas de color, producidas por alguna pluma adornando un sombrero femenino, por alguna casaca de

teatro cubriendo el cuerpo de un mendigo.

—Entremos hasta el fondo—dijonos nuestro guía—veréis lo que se vende.

Sin dar muchos pasos lo vimos. Lo vimos y nos volvimos atrás. Eran, entre calcetines viejísimos, pedazos de pan; junto á fragmentos de pieles innobles, pescados secos. Era lo más increíble, lo más horrible. Era aquello que está antes de la muerte de frío y de la muerte de hambre. Era, para evitar la podredumbre de la tumba, podredumbre de la vida.

Y lo más espantoso es que entre aquellos seres, había muchos, muchos, que contemplaban los harapos y los mendrugos con impotente deseo, con vano anhelo.

EL TIRANO

No; aquel palacio no hace pen-

siquiera de qué vestían, con qué se calzaban! Ni aun en las escrupulosas descripciones de los ejércitos hunnos existe un catálogo capaz de servir de guía para tal enumeración. Ninguna prenda era de una sola tela. Había pantalones que con sus perneras de diferentes colores, cual los del Arlequino habrían hecho reír, si no hubieran hecho llorar. Las pieles de las monteras, pieles asquerosas, sin un solo pelo, tenían remiendos de paños.

Las faldas de las mujeres, muy cortas por lo general, eran á veces pedazos de alfombras, restos de cortinas. En cuanto á los zapatos, ¡oh, miseria de las miserias!, los zapatos para el hielo perpétuo, solían no ser sino trapos que envolvían los pies... Y para ahondar la sordidez había entre todo aquello, manchas vivas de color, producidas por alguna pluma adornando un sombrero femenino, por alguna casaca de

teatro cubriendo el cuerpo de un mendigo.

—Entremos hasta el fondo—díjonos nuestro guía—veréis lo que se vende.

Sin dar muchos pasos lo vimos. Lo vimos y nos volvimos atrás. Eran, entre calcetines viejísimos, pedazos de pan; junto á fragmentos de pieles innobles, pescados secos. Era lo más increíble, lo más horrible. Era aquello que está antes de la muerte de frío y de la muerte de hambre. Era, para evitar la podredumbre de la tumba, podredumbre de la vida.

Y lo más espantoso es que entre aquellos seres, había muchos, muchos, que contemplaban los harapos y los mendrugos con impotente deseo, con vano anhelo.

EL TIRANO

No; aquel palacio no hace pen-

sar en las guaridas de los tiranos clásicos. No es el palacio de Angelo de Padua. Su puerta se abre ante la gran plaza y no tiene ni cadenas que la defiendan, ni soldados que la guarden. Entráis. Un ujier toma vuestro abrigo, os pide vuestra tarjeta y os indica la escalera que conduce á la antescala.

Cuando yo entré, ya varias personas esperaban. Casi todas tenían uniformes y las que no lo tenían, ostentaban un frac cubierto de condecoraciones—esas condecoraciones rusas que son infinitas é infinitamente variadas, que tienen mil formas, que parecen, á veces, relojes, á veces medallones, á veces flores; nunca cruces.—Y cuando me preparaba á aguardar, resignado, mi turno, un oficial abrió una puerta y me hizo seña de entrar.

—
 Todo lo que hay de cruel, de sanguinario, de inhumano en el régimen ruso, el nombre de Tre-

poff lo encarna. Decid Trepoff, y habréis dicho inquisición ortodoxa, y habréis dicho matanzas en las calles, y habréis dicho policía política... ¡Trepoff! Son dos sílabas rápidas que estallan. Al oírlas, el pueblo tiembla. Los intelectuales no las pronuncian nunca sin cierta crispación en la voz. ¡Y es que recuerdan tantos horrores! La frase célebre relativa á Gorki: «Por mi parte, yo lo ahorcaría en el acto», no es una leyenda, sino una realidad. Y tampoco es una leyenda que en las reuniones oficiales, cuando todos los altos funcionarios se encuentran juntos, el ministro De Witte se niega á estrechar la mano del general gobernador, murmurando mentalmente:

«—¡Está llena de sangre!»

—
 La historia política de Trepoff es la más rápida que existe. Hace unos cuantos años nadie le conocía. Hoy es uno de los persona-

jes más importantes del imperio, el más importante quizás, puesto que en sus manos ha puesto el pálido César toda su esperanza de no morir un día á la moda de tantos abuelos suyos. Para conseguir su encumbramiento no ha hecho más que conformarse á la tradición, que exige que todo jefe de la guardia del palacio de Moscou mantenga á la ciudad en un perpetuo estado de terror. El bárbaro Kleigels, que en las manifestaciones populares animaba á sus cosacos dándoles copas de aguardiente cuando habían pegado bien, acababa de ser llamado á otro puesto.

Trepoff le reemplazó y esforzándose por no ser menos que él, le sobrepujo. Bajo su poder la antigua metrópoli moscovita convirtióse en un pueblo de policías. Todos los que no tenían honor ni conciencia, sacerdotes, militares, comerciantes, servían de espías. En las familias desconfiaban unos de otros los hermanos. Nadie hablaba, nadie se atrevía á leer. Los

que parecían tener poca adoración por el gran duque Sergio, iban á Siberia á aprender á tenerla. Entre los mismos funcionarios importantes se temía á Trepoff y se le adulaba. De ahí que el czar, muerto de miedo, le haya llamado á San Petersburgo.

—Si se hiciera una suscripción nacional para comprar la bomba que ha de hacerle saltar al fin un día—decíame un estudiante en San Petersburgo,—se reunirían mil millones de rublos.

—Yo no creo que esa suscripción sea necesaria—exclamó otro estudiante.

Y, en efecto, entre los misteriosos condenados á muerte que dominan al pueblo ruso, el que menos derecho tiene á esperar un indulto popular es éste. Un día ú otro caerá como cayó su padre, el ejecutado por Vera Zaslitch, como cayó su maestro Plehwe, como cayó su protector el duque Sergio, en fin. Hasta hoy, su es-

trella le ha salvado. En el espacio de dos años escapó á cuatro atentados de estudiantes. Porque sus verdaderos enemigos, los únicos que no le perdonarán jamás, los que están dispuestos á arriesgar sus vidas contra él, son los intelectuales.

¡Tienen tantos compañeros que vengar! Sólo las víctimas de los cosacos en las jornadas de marzo de 1904, forman ya un martirologio espantoso. Allí fue donde Trepoff se hizo conocer gritando á sus fuerzas:

—¡No os canséis de pegar!

Las mujeres, sobre todo, las pobres estudiantas, sufrieron en Moscou durante la tiranía de Trepoff. Con cualquier pretexto las hacía desnudar, y riendo á carcajadas las entregaba á los cosacos diciéndoles:

—Ahí tenéis en donde probar vuestros látigos.

Así, según parece, muchos de los que han jurado matar al célebre general, lo han hecho sobre

las carnes desgarradas de sus compañeras.

—No hay que dar una importancia trágica á acontecimientos que son frecuentes en todas partes. Las huelgas, los mitins, sí, sin duda, todo eso indica una inquietud... Pero, ¿qué país puede verse libre de inquietudes?... La tormenta no tardará en pasar, y entonces veremos á nuestra santa Rusia marchando, bajo un cielo sereno, hacia su grandeza futura... Nuestro porvenir es el más envidiable de Europa...

Y oyéndole hablar, yo me preguntaba si realmente aquel hombre era el mismo de Moscou, el de las matanzas de estudiantes, el de las hecatombes callejeras. Porque no hay nada que menos se parezca á la idea que de él nos formamos como él mismo. Su figura es esbelta sin arrogancia.

Quitadle el uniforme, y os creéis ante un soñador. Sus ojos tienen una vaguedad muy triste,

y en su sonrisa hay como una melancólica ternura. Ninguna arruga críspala su rostro. En el cuidado de la barba se descubre al hombre contento de sí mismo, y sus manos finísimas, perpetuamente ocupadas en atormentar un cigarrillo, no parecen hechas para manejar el sable cosaco. Los ademanes corresponden á la figura: son suaves, son elegantes, y la voz, algo velada, es armoniosa.

...Y como es imposible desconocer la dureza de este hombre que, en Moscou primero y luego en San Petersburgo, se ha llenado las blancas manos de sangre, necesita uno, para explicarse tanta crueldad, recurrir al recuerdo de aquellos príncipes del Renacimiento italiano que, sonriendo, preparaban los más espantosos crímenes.

LA CASA DE GORKI

Una sala sencilla amueblada con

exquisito modernismo. Dos divanes muy bajos, unas cuantas butacas, una *bergere* cubierta de sedas asiáticas. En las paredes cuadros impresionistas, efectos de nieve, puestas de sol. Y allá en el fondo, cual un ícono, el retrato de Tolstoy con los pies descalzos.

—Espere usted,— me dijo la doncella.

Pasó un cuarto de hora. La impaciencia principiaba á invadirme. Al fin una puerta se abrió.

—
Pero no era él, no. Era una mujer vestida de negro, joven, morena, muy elegante y muy bonita.

—Mi marido— me dijo— está aún en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Le han engañado á usted diciéndole que ya había sido puesto en libertad. Si tuvieran intenciones de graciarlo, es probable que habrían comenzado por acceder á mi solicitud.

La esposa de Gorki se sentó en la *bergere*. Sus ojos negros, lucientes, en los cuales se veía, más

que penas, rencores, contemplaron largamente una fotografía.

—Es él,—murmuró, entregándome el cartón.

Y efectivamente, era Gorki, el dulce vagabundo; al lado de su maestro el viejo profeta.

—Puede usted guardársela; á mi marido le gusta que esta imagen circule por el mundo... Se le figura que al lado del conde gana en prestigio su figura... Además, es supersticioso y cree que la compañía del hombre á quien tanto venera, le hará tener suerte... Son cosas de niño... El es así, muy bueno, muy sencillo... Y sin embargo, ya usted ve que le acusan de toda clase de crímenes, de crímenes románticos, de complot contra el Zar, de provocar rebeliones militares... Y todo, ¿sabe usted por qué? Porque pretenden haber encontrado el borrador de una carta suya dirigida á los oficiales, una carta que debe ser falsa, tal vez un fragmento de novela, ¡Dios sabel... Por que yo no

he podido verle sino una vez en el locutorio de la fortaleza, entre esbirros y centinelas. El me dijo: «No tengas pena, estoy muy bien; tengo la conciencia tranquila; estoy muy bien, muy bien.» Pero yo comprendí que no era cierto... yo comprendí que tenía frío... yo comprendí que sufría mucho; lo comprendí viendo sus ojos.

La emoción crispaba los labios de la esposa indignada. Sus manos, pálidas y finas, arrugaban nerviosamente un pañuelo. En los bordes de sus párpados parecía temblar una lágrima.

Y hubo un silencio muy largo que yo no me atreví á romper.

—Lo único que he pedido es que le permitan escribir y abrigarse... Es muy natural, ¿verdad...? Pero ni eso he podido lograr; ni eso ni nada. Y es que le quieren mal. Por que no datan de ayer las persecuciones. Cada vez que hay un pretexto, le molestan. ¿Se acuerda usted de la historia de la

Academia? El pobre había sido elegido por una inmensa mayoría. En cuanto el Gobierno lo supo, hizo anular la elección sin explicar porqué: porque sí, porque le dió la gana. Entonces, Korolenko puso su renuncia. ¡Que gran alma! Los demás se callaron y eligieron á otro, como si se tratase de un simple funcionario.

La fisonomía de la mujer de Gorki había cambiado. Ya no había en ella penas ni rencores visibles. Sus labios y sus ojos decían la ironía más honda y el desprecio más sincero. Veíase que para aquella compañera del hombre libre, la complicidad de todos los que pudiendo protestar callaban, de los que debiendo alzar la frente la humillaban, era un espectáculo grotesco y cruel. Así, cuando hablamos, ya al final, de la noble espontaneidad con que en España, en Francia, en Italia, en Bélgica, en todas partes los escritores piden la libertad del gran novelista,

ella, la rusa desilusionada, murmuró: —En todo el mundo, sí, menos aquí...

EL JARDÍN DE LOS SUPPLICIOS

Después de unos cuantos días de temperatura primaveral, he aquí de nuevo el frío intenso y seco. En el horizonte resplandece con luces mortecinas de cirio un sol de forma fantasmagórica. El cielo está verde, deliciosamente verde, como un lago, como un *fjord* apacible, con suavidades sedeñas en su matiz... Y metidos en nuestros abrigos vamos por las calles sin rumbo fijo, saboreando la cruel voluptuosidad del soplo polar que muerde el rostro y que con sutilezas de aguja penetra por el cuello, por las mangas. Bajo nuestros pies, la nieve cruje vidriosa. Es la buena nieve que endurece las aguas de los canales y

que convierte el Neva en mina de témpanos.

—¿Queréis venir? Es muy curioso.

Allá vamos, y apenas comenzamos á contemplar el espectáculo, una inmensa melancolía nos invade. Ante penas como éstas, se comprende la exaltación piadosa del alma rusa. Son infiernos helados los que el poeta tiene á la vista sin cesar. Y hay en esos trabajadores tal tristeza, tal abatimiento, tal miseria, que con sólo verlos toda dureza sentimental se funde. Metidos entre pieles sucias y peladas, con las manos enguantadas en sacos de lana, extraen la nieve en témpanos cuadrados. Al golpe de sus picos saltan, hirientes como cristales, duras como cristales, las heladas astillas. A veces, en las rudas caras, entre los arreboles del frío, una mancha algo más encendida aparece: es sangre, sangre que se coagula, sangre que se endurece. Y el pobre trabajador, impasible, sin un ges-

to, sin una crispación, se detiene un punto. Siente la herida. Con un puñado de nieve se lava. Luego, otra vez á la labor.

¡Los trabajadores del hielo!

No comprende uno por qué el gobierno ruso se empeña aún, cuando quiere atormentar á alguien, en mandarlo á las minas de Siberia. Con hacerle cortar témpanos en el Neva, tendría bastante para saciar la más voraz venganza. Por que no hay entre las penas dantescas un jardín de suplicio comparable á esta blanca llanura.

LA RAZA PERSEGUIDA

¿Habéis leído las últimas noticias? El hambre, azote asiático, hace en ciertos distritos más estragos que la guerra. Las comarcas judías, sobre todo, parecen sufrir. Pero esto no es nuevo ni extraño.

Cada vez que en el imperio moscovita la horrible *famine* abre sus fauces, los que primero lo sienten son los semitas. Dos años ha, describiendo la miseria de Wilna el nacionalista Engelhard, decía: «Por todas partes se ven millares de judíos vestidos de andrajos, con caras de agonizantes. Sus fisonomías son finas é inteligentes. Lo que en ninguna ciudad de población rusa se ve, ni aun en la más miserable, y que aquí abunda, es la tortura del hambre material, del hambre de días y días. Nuestro corazón sufre infinitamente ante este espectáculo.» Y si un antisemita rabioso, un Max Regis ruso sufre, ¿cómo no han de sufrir ante aquellas escenas espantosas, los que tienen por los judíos el mismo amor que por los demás seres humanos? Sólo el Gobierno de Nicolás II parece ver sin emoción lo que la raza perseguida padece.

Nunca, en efecto, los seis millo-

nes de rusos de raza hebrea han tenido tanto motivo de queja como ahora. Las leyes, cada día más crueles, van reduciendo sin cesar la región en que pueden habitar y disminuyendo sus medios de trabajo.

El campo les está vedado. En las poblaciones grandes y ricas no se les permite tampoco vivir. Así, amontonándose en ciertos puntos y ejerciendo sólo labores comerciales é industriales, viven la más triste de las vidas. En Odessa, según recientes estadísticas, hay 8,435 familias semitas que están reducidas á apelar á la caridad pública. Los que mueren en la miseria son tan numerosos, que el 63 por 100 de los entierros los tiene que pagar el Municipio. Cada año los Comités de Beneficencia israelita reparten cien mil sacos de harina. Desde hace un lustro, el número de mendigos ha triplicado, á pesar de la repugnancia que la raza tiene por pedir limosna. El 18 por 100 de la población

total semita está inscrita en las listas de socorros urgentes. Y ante esta creciente pobreza, el Gobierno, por boca del procurador del Santo Sínodo, declara:

—La única solución del problema, la traerá el tiempo. *La tercera parte de los israelitas morirá de hambre; otra tercera emigrará; los demás se convertirán al cristianismo.*

—
Pobiedonostzét, al hablar así, olvida la tenacidad, la fuerza vital de la raza. Aun en las condiciones actuales, los judíos rusos tienen fe en lo porvenir. La gran asociación obrera israelita que en Polonia y en Lituania han formado con el nombre de Bund, hace una propaganda filosemita que dará sus frutos naturales. Sin pensar, como sus abuelos del siglo XV, en hacer prosélitos, los judíos se esfuerzan por darse á conocer tales cuales son y no deformados por leyendas fanáticas.

En el territorio de habitación,

en el inmenso gheto (*icherita ossied-tosti*), los cristianos han llegado á convencerse de que los israelitas no son *perros rabiosos*, como les llama la aristocracia, sino humildes y laboriosos trabajadores. Poco á poco, á pesar del Santo Sínodo, la justicia llegará hasta ellos.

—
Pero mientras tanto, el espectáculo que ofrecen al mundo esos seis millones de seres perseguidos, es espantoso. Los rusos instruidos no pueden dejar de ruborizarse cuando se les habla de las leyes antisemitas.

Uno de ellos, el célebre Besobrasoff, publica con frecuencia estudios que hacen ver al pueblo el oprobio de las persecuciones. «¿Queréis conocer á los judíos?—les dice—¿queréis saber cómo viven? Pues oid: Sus habitaciones parecen establos abandonados. Sus bienes consisten en un paquete de harapos. Las madres no pueden amamantar á sus hijos, pues

están siempre débiles, y los padres no ganan con que alimentar á la familia. Pero hay tal paciencia en esas almas, que no se les oye quejarse. Son de la raza de los mártires.»

En efecto. Todo es para ellos tormentos y persecuciones. Siendo los que menos tienen, son los que más contribuciones pagan. Entre los impuestos que se les exigen, hay uno, al cual todos están sometidos, uno cruelmente irónico, que se llama *de la cesta ó de la carne*. ¡Un impuesto sobre la carne á una raza que no tiene ni aun pan que comer! Otra ironía cruel es la del servicio militar. Ningún israelita puede ser oficial, ni siquiera sargento; pero, en cambio, todos, niños y ancianos, todos deben ser soldados, en un país en que para los cristianos no hay servicio militar obligatorio.

Pero, ¿á qué enumerar las injusticias? Para la *raza maldita* nada es clemente. Ante los tribunales,

ni aun como testigos se les acepta, porque, según la frase de la odiosa *Novoie Vremia*: *No se puede olvidar de lo que son capaces esos seres abyectos cuando pueden difamar á un ortodoxo*. En cuanto á las escuelas, lo único que se les permite es que las paguen.

En todas las ciudades de la *tcher-ta ossiedlosti*, los comerciantes judíos tienen derecho á fundar centros de enseñanza, con tal de que asistan á ellos niños cristianos en mayoría.

EL JARDÍN DE LAS CARICIAS

Una nave muy larga y muy estrecha, iluminada por lámparas de plata que se mecen en el espacio lleno de humo... A derecha é izquierda, entre las columnas que sostienen la bóveda, nichos profundos en cuyo fondo brillan ob-

jetos metálicos... Para entrar, se bajan diez gradas en la penumbra.. Una vez dentro, un rumor de multitud, un murmullo confuso...

¿Una iglesia?

No.

Es el café de Paris, en el centro de la Perspectiva Newsky, el café galante por excelencia entre los modestos, el refugio tibio donde las pobres vendedoras de sonrisas encuentran la taza de te reconfortante que va á permitirles comenzar de nuevo, un minuto después, su carrera sin fin por las aceras heladas.

Pequeñita, redonda, metida entre trapos oscuros, la chica de San Petersburgo se adueña de la calle desde que los mecheros se encienden. Lo único que deja ver, entre el cuello altísimo de su abrigo, son los ojos. ¡Y cómo los maneja, cómo los esgrime! Para cada pasante hay en ellos un guiño, pero no un guiño insolente como aquellos que en los bulevares exteriores de Paris animan los lí-

vidos rostros de las *momes*, sino un guiño humilde que implora, que pide, por el amor de Dios, los tres rublos indispensables para vivir al día siguiente.

Allí van, una por una, silenciosas. Van de prisa. Ningún escapate las tienta. Van con los brazos cruzados bajo el abrigo, temblando de frío, medrosas por instinto. Van entre la sombra, y al pasar ante la columnata de Nuestra Señora de Kazan se santiguan.

¡Pobrecitas! ¡Pobrecitas!

Y no creáis en excesos de sensibilidad. La carrera del pecado no nos conmueve más de lo natural. En Londres, contemplando aquellos rebaños gorjeantes que por la noche animan las arcadas de Regent-Street, hemos sonreído cual ante un espectáculo; y en Paris, viendo las caravanas de faldas frufutantes que van, rítmicas, bajo los sombreros suntuosos, hemos tenido visiones de modernas dionisiacas. Pero aquí no hay alegría, no hay pecado, no hay vicio,

Lo único que hay es hambre.

Sí, esas galeotas de la galera de Citerea están encadenadas por la miseria. Dadlas pan, y las veréis encerrarse en sus buhardillas y pasar las noches oyendo la canción del te que hierve en el samovar, mientras salen de la chimenea, entre chispas alegres, imágenes de cuento azul. Dadlas pan y dadlas fuego, si queréis suprimir su comercio.

Aquí, en el café de Paris, en la atmósfera caliente, se comprende con sólo verlas, lo poco que de locas tienen. En cuanto se sientan ante un velador y el camarero les sirve el te, una beatitud animal se apodera de ellas, las apaga las pupilas, y dándolas una ilusión momentánea de bienestar, las purifica.

PAISAJES EN ALEMANIA

LAS NOCHES DEL BROGLIE

—En Strasburgo—me dijo alguien—notará usted que la germanización completa de Alsacia es un hecho. Nada es allá francés. Todo es alemán. Un día le bastará para verlo...

Y en efecto un día me ha bastado. Por todas partes, en la gran ciudad, he visto la garra del águila. He visto, dominándolo todo y llenándolo todo, la actividad y la inteligencia germánicas. He admirado esos edificios suntuosos, mitad templos, mitad palacios, en que la administración concentra sus fuerzas. Aquí, cual en las demás ciudades del imperio, los correos, los bancos, los telégrafos, la policía, los demás servicios pú-

Lo único que hay es hambre.

Sí, esas galeotas de la galera de Citerea están encadenadas por la miseria. Dadlas pan, y las veréis encerrarse en sus buhardillas y pasar las noches oyendo la canción del te que hierve en el samovar, mientras salen de la chimenea, entre chispas alegres, imágenes de cuento azul. Dadlas pan y dadlas fuego, si queréis suprimir su comercio.

Aquí, en el café de Paris, en la atmósfera caliente, se comprende con sólo verlas, lo poco que de locas tienen. En cuanto se sientan ante un velador y el camarero les sirve el te, una beatitud animal se apodera de ellas, las apaga las pupilas, y dándolas una ilusión momentánea de bienestar, las purifica.

PAISAJES EN ALEMANIA

LAS NOCHES DEL BROGLIE

—En Strasburgo—me dijo alguien—notará usted que la germanización completa de Alsacia es un hecho. Nada es allá francés. Todo es alemán. Un día le bastará para verlo...

Y en efecto un día me ha bastado. Por todas partes, en la gran ciudad, he visto la garra del águila. He visto, dominándolo todo y llenándolo todo, la actividad y la inteligencia germánicas. He admirado esos edificios suntuosos, mitad templos, mitad palacios, en que la administración concentra sus fuerzas. Aquí, cual en las demás ciudades del imperio, los correos, los bancos, los telégrafos, la policía, los demás servicios pú-

blicos, ocupan oficinas llenas de *confort* y de elegancia. Aquí, las calles, limpias como salones, no tienen nada que envidiar á las de Berlín. Aquí, los bazares monumentales, hacen pensar en las galerías célebres de Colonia. Aquí, en fin, todo respira trabajo, paz, holganza, confianza. Y en un solo día he visto, os lo repito, que hay, en verdad, un Strasburgo alemán.

Pero luego, por la noche, cuando la ciudad que trabaja se ha dormido, he descubierto otra ciudad. Y ésta no es alemana, no, os lo aseguro, ni siquiera es provincia, sino parisiense.

Diríase que, cansados de luchar, los dos espíritus que dominan se han puesto de acuerdo para repartirse el reino de Strasburgo.

—Yo—ha dicho Berlín—tomo el día. Me gusta el sol porque hace lucir el oro de mi casco, porque llena de reflejos áureos mi corazón, por que arranca centenares de chispas á mis espuelas,

Me gusta la claridad para que mis trabajadores llenen de mercaderías los carros innumerables de los ferrocarriles, que corren, mejor que carros de guerra, á la conquista del mundo. Me gusta la luz para que mis monumentales construcciones, mis soberbias columnatas, luzcan con su orgullo y con su novedad.

París ha contestado:

—Está bien. Guarda el día para tí. Yo no necesito de sol para hacer ver mi encanto. Yo luzco al resplandor de cualquier candelabro; yo saco vida de la obscuridad; yo lleno de alegría las tinieblas.

Y, efectivamente, cuando el espíritu alemán, cansado de sus esfuerzos admirables y de sus fecundas labores, se acuesta, junto con el sol, el espíritu parisiense surge dispuesto á hacer milagros. Surge con las estrellas, y llena de luces el espacio y llena de perfumes el ambiente. Las veladas del paseo de Broglie son su obra.

¡Oh, las noches de Strasburgo, los noches de Broglie!

Figuráos una perpétua fiesta veneciana. La arboleda es inmensa. En cada rama hay una linterna. Junto á cada tronco hay un velador. Las músicas, incontables, ejecutan aires amorosos.

Y todas son risas y sonrisas, y palabras galantes, y aleteos de esperanza, y suspiros tiernos y suaves reclamos. Algo de feérico anima á la concurrencia. Diríase que los Kobols de la Selva Negra cansados de dar consejos maliciosos á las maritornes de las granjas, se han decidido á llenar de cosquilleos el alma de las señoritas de la ciudad. Todo respira amor. Bajo las linternas que tiemblan entre los árboles, otras luces, más menudas, pero menos intensas, luces negras de pupilas negras, titilan entre parpadeos amorosos.

¡Oh, las noches de Strasburgo, las noches de Broglie!

LA CIUDAD FELIZ

Vosotros los que viajáis habéis visto ciudades de esplendor y de lujo, como Paris; ciudades de trabajo, de esfuerzo, de actividad, como Nueva York; ciudades de recuerdos y de leyendas, como Toledo; ciudades de arte, como Venecia. Pero si desconocéis Munich, no habéis visto aún la ciudad de la dicha.

Todo aquí respira felicidad. El cielo, las calles, los árboles, las piedras, los pájaros; todo es venturoso. Los hombres mismos lo son. Vedlos pasar. Gordos y rojos (iguales á los frailes que en los carteles ilustrados de las cervecerías se beben un tonel), con los brazos cortos, con las piernas pesadas, eternamente sin prisa, parecen ir de paseo. ¡Y las mujeres! Las muniquesas, pequeñas y gorditas, vestidas como

doncellas ó más bien como *soubrettes* de ópera cómica ó como sirvientas de *kermesse* de cuadro flamenco, con muchos colores y muchas flores, con muchas cintas, con mucha inocencia, en suma; las muniquesas, que no son bonitas, pero que son frescas, tienen también el aire de pasearse siempre.

Verdad es que á esto contribuye, además de las caras regocijadas el aspecto de las calles.

¿Calles, digo?

Me equivoco.

Son paseos admirables, paseos de árboles, alamedas de palacios, avenidas de jardines. Las mismas callejuelas antiguas, estrechas y tortuosas, están compuestas con tal amor, que semejan decoraciones de teatro para un acto de los *burgraves*. Por todas partes, en los muros antiquísimos, un balcón festonado de adornos de bronce ó una pintura cabaleresca ponen un poco de arte en la historia. Y en cuanto á las calles principales,

no creo que en ciudad ninguna las haya tan suntuosamente bellas. A cada paso se encuentra una plaza monumental, un palacio de estilo atrevido, un jardín precioso.

Pero estoy convencido de que, aun no viviendo en tan bella capital, los muniqueses serían siempre los hombres más felices del mundo. La ventura la llevan en la sangre. Es una ventura física, un modo de ser constitucional, un optimismo hereditario.

—Es por la cerveza—me dijo alguien.

Y en seguida, entusiasmado, me canta el himno de lo que un poeta español llamó

Insípido brebaje de cebada.

¿Insípido? No. Sabroso, al contrario, demasiado sabroso, tal vez, para los paladares que adoran los matices finísimos que hay entre vino y vino. Sabroso y saludable, y bello también, con su color ru-

bio tostado, con su transparencia de topacio de Oriente, con su espuma blanquísima.

Sólo que yo estoy seguro de que ni aun la supresión de la cerveza haría infelices á estos hombres, ni suprimiría la sonrisa del rostro rozagante de estas mujeres.

Los muniqueses son felices como otros son tristes, como los castellanos son sombríos, como los ingleses son graves, como los sajones son solemnes.

No hay ni necesidad de venir aquí para convencerse de ello. Las fotografías y los grabados bastan. Todos al retratarse toman actitudes teatrales, como si desearan hacerse ver, hacerse admirar. ¡Y qué decir de ellas, qué, olvidando, sus talles cortos y sus formas abundosas, visten siempre, cuando van á colocarse ante el objetivo, mantos griegos ó trajes medioevales! En cuanto á los pintores, con deciros que al mismo Cristo en la cruz le dan una cara de tenor satisfecho, queda dicho todo.

LA CIUDAD HORRIBLE

¿Qué es aquello? Desde lejos diríase un castillo infinitamente grande, un castillo de cuento para gigantes. El puente levadizo es enorme. Los guerreros que guardan la entrada, parecen de una raza sobrehumana. En el horizonte, las almenas, humeantes cual después de una batalla, álzanse á alturas fabulosas.

Acerquémonos.

Es un puente, en efecto, que puede levantarse, gracias á una máquina de vapor. En cuanto á los guerreros, son de bronce y representan el uno el comercio y el otro la industria. Las almenas, vistas de cerca, se convierten en chimeneas... Y heme aquí, sin buscarlo, en el puerto comercial de Hamburgo.

Ningún ser humano vive ahí.

No hay una sola tienda. No hay una sola cama. Esto no está hecho para dormir, no está hecho para comer, está hecho para trabajar. Así, todos esos hombres que, inclinados bajo las luces eléctricas, escriben cifras muy pequeñas en libros muy grandes, son extranjeros. A las siete de la noche, cuando suenan en los cien puentes los cien clarines del anochecer, escápanse en legiones negras y huyen hacia la ciudad, mientras esas otras legiones de trabajadores más humildes, que no escriben, sino que cargan sacos, que tiran cuerdas, que manejan máquinas; esos otros vuelven á sus barcos, que se hallan anclados en medio del puerto.

Vosotros, los que no habéis visto el Elba en Hamburgo, no tenéis idea de lo que es un puerto colosal.

Os lo aseguro que no.

Decidme cómo os lo figuráis.
¿Muy ancho, muy ancho, grande cual un mar, no es cierto?

Pues es estrecho cual una calle. Es una amplia calle de agua sucia nada más, con casas á uno y otro lado. En medio, uno tras otro, los enormes trasatlánticos se anclan y vomitan, cuando vienen de tierras lejanas, todos los maravillosos productos que las Áfricas, las Asias y las Américas mandan aún en cambio de perlas de vidrio y de telas multicoloras, cual en los más primitivos tiempos de las conquistas.

Lo que no acierto á comprender es cómo una vez descargadas de sus marfiles y de sus cafés, y cargadas de sus tarlatanas y de sus cristales, estas naves pueden volverse hacia el mar. El canal no parece bastante ancho para que dos vapores se encuentren. ¡Son tan grandes!

Pero, ¿qué no es aquí gigantesco?

Al lado de esos palacios, en los cuales viven, solos, los sacos de mercaderías, los palacios de los hombres son juguetes. El más pe-

queño, el de la vainilla ó el de la canela, tiene las proporciones de un Louvre, y no creáis que son feos, no. Son tan hermosos cual los hoteles palacios de las ciudades modernas. Los ladrillos de sus muros, siempre frescos, lucen con una limpieza que desconocen las piedras de las viviendas humanas. Sus condiciones higiénicas, además son perfectas (para las mercaderías).

En lo único en que se muestra la ciudad desierta más prosaica que la ciudad habitada, es en que sus calles no tienen nombres, sino números. He aquí la numeración 4 ó 5. Es la del café. La reconozco en el olor. Allá está la del azúcar. Es la más grande. ¡Y cuantas ventanas tiene! Diríase, en verdad, que este producto es mas aficionado que los otros á asomarse á mirar á la calle. En cambio, aquel otro edificio sin fin, grande como una ciudad; aquel cubo de ladrillo, en el cual cabría una colina con sus granjas, aquel monstruoso

monumento, casi solo, sin puertas. Es el del alcohol.

Y son ciento, son mil, los palacios éstos que, alineados á lo largo del Elba, forman la ciudad de los productos, una ciudad que parece la realización del ensueño de un mercader de Oriente, borracho de odio y de codicia.

LA CIUDAD REAL

Un guía cualquiera, Baedeker, Joane ó simple Conti, nos dirá que Stuttgart tiene cerca de doscientos mil habitantes, y que su actividad comercial é industrial es extraordinaria. Hacen bien en decirlo, puesto que las cifras les ordenan que lo digan, y ellos son esclavos de las cifras. Mas para un peregrino apasionado ¿qué sería de la estadística? Este claro Stuttgart, entre sus doce colinas

floridas, no aparece ni como una manufacturera febril de aquellas que con el ruido de sus máquinas turban á orillas del Rhin el reposo eterno de los Margraves y el ensueño amoroso de las Loreleys. No; para nosotros esta ciudad no es una industrial, ni tampoco una mercader. Yo no he visto que venda nada, ni que fabrique nada, ni que se ocupe de nada. En el horizonte, ninguna chimenea.

En sus calles, ningún almacén enorme. Aquí, y allá y más allá, son hoteles suntuosos, admirables cervecerías, peluquerías espléndidas y confiterías y más confiterías. ¡Cuántos dulces, cuántos bombones, cuántos pasteles come esta gente! ¡Y con cuánta ceremonia los come! Las robustas señoras, vestidas con batas de seda y cubiertas de sombreros tiroleses, las amplias, las rozagantes, las abundosas rubias de ojos infantiles y de bocas voraces, que en las demás ciudades del imperio se tragan tres *sandwichs* en diez minu-

tos y luego se limpian los labios con la manga, son aquí ceremoniosas y remilgadas. Ni andan de prisa, ni hablan alto. Llegan, se sientan, examinan la minuta de los sorbetes, contemplan las pirámides de pastelillos, y cuando, después de meditar, decídense, hacen una seña, dicen dos palabras y esperan.

Vosotros, los que no habéis estado en Stuttgart, no sabéis lo que es esperar. «Kellner, un moka». El kellner se aleja sin prisa. Pasa un cuarto de hora. Reclamáis. Todo el mundo os contempla con asombro. ¡Hacer ruido en un café! Pero por ventura no habéis visto que todos los parroquianos, todos sin excepción, se quitan el sombrero desde que entran, y no se lo ponen sino en la puerta, al marcharse, después de haber observado una actitud casi religiosa? Si queréis gritar, id á la cervecería de Munich. En el café, Stuttgart es silencio, calma... En la *condittorei*, recato...

Yo no lo siento. Al contrario. Un grito de estudiante de Heidelberg, ó una disputa de judíos de Francfort, ó una risa de muchacha de Strasburgo, detonaría en esta noble y harmoniosa ciudad regia.

Porque, en realidad, lo que Conti y Bø lecker toman por una burguesa trabajadora y comerciante, es una camarera de palacio, una noble dama, sin gran belleza y sin gusto exquisito; pero correcta, distinguida, y tan serenamente convencida de su abolengo, que es imposible no inclinarse ante ella. La ciudad toda lo requiere así. Estas vastas plazas, rodeadas de palacios inmensos, en cuyas torres las coronas reales rematan en cruces de oro; estos parques señoriales, poblados de columnas de bronce, de caballos de mármol, de guerreros de piedra; estas calles amplias, tranquilas, con sus arboledas seculares, con sus fachadas herméticas y enigmáticas; estas galerías, estas columnatas con sus cafés graves y sus doradas

confiterías; todo esto, y más que esto, el ambiente mismo, el aire que se respira, obligan á la circunspección cortesana.

Y así, pensando en este rey Guillermo de Wurttemberg, cuyo poder es ilusorio y cuyo cetro es quimérico, lejos de *plañirlo* (como dicen los españoles de Salónica), lo envidio. Es el único monarca que tiene un pueblo entero amoldado á la elegancia palaciega. Es el único rey que puede pasearse por su capital sin notar que ha salido de los jardines de su palacio.

EL FASTIDIO DE UN DOMINGO

Lo primero que nos estraña, al llegar, es la tristeza de las calles. Por ninguna parte se ve una alma. Las casas parecen desiertas. ¡Ni una sola ventana, ni una terraza de café, ni un jardín público con

un ser viviente! Apenas si en las estaciones de coches los automedontes duermen inmóviles en sus sitios, entre nubes espesas de moscas.

Y con algo de angustia pensamos en los embusteros carteles ilustrados de Viena, que ofrecen fiestas espléndidas, músicas infinitas, alegrías sin número, desfiles de mujeres soberbias, á los que quieran ir á pasar el domingo á Pest.

¡El domingo á Pest!

Comparado con él, el de Londres es una *Kermesse*, el de Hamburgo es un carnaval.

Y volvemos al hotel... Y en la sala de lectura, entre una inglesa que lee y una francesa que se mira en el espejo, comenzamos á bostezar metódica y concienzudamente... Y pasan las horas sofocantes... Y al fin, allá del otro lado del Danubio, las luces crepusculares comienzan á envolver en resplandores de incendio los muros amarillos de la ciudadela, los ves-

tigios pintorescos de Aquinquim y los techos inmensos del palacio de los reyes apostólicos...

Entonces salimos de nuevo, siguiendo el consejo del *portier* lleno de galones que acaba de decir (con una campechanería desconocida en Francia y en Alemania), dirigiéndose á todos los que bostezamos:

— ¿Por qué no van ustedes á Varosligestio á Os Rudavara?

Salimos sin gran esperanza. Un coche indescriptible, que no habría podido hacer el clásico camino de Madrid á Zaragoza siguiendo á Loreto Prado ni en cinco años; un coche como sólo en Oriente se ven, nos lleva, dando tumbos, poco á poco. El cochero duerme siempre, entre el vuelo de las moscas. El caballo apocalíptico amenaza ruínas. El tiempo pasa. Con el Bædecker abierto, vamos descubriendo los edificios. Este palacio es la galería nacional: ahí están los cincuenta lienzos de la escuela española comprados

por el rey á Estherazy... Este otro, á medio construir, es la Bolsa... ¡Cuántas torrecillas!... Este otro, todo de porcelana, parecido á las estaciones del Metropolitano de Paris, éste Dios sabe lo que es... Esta cúpula es una iglesia..., sí..., es la catedral de Leopoldstadt... Esto otro, de estilo árabe, es la sinagoga...

Luego, nada más. Calles y calles, calles desiertas, calles polvorientas, calles mudas con caserones bajos, con ventanas enrejadas cual las de una cárcel antigua.

Al fin, entre una arboleda, una música lejana llega á nuestros oídos. Ya estamos allí. El coche se detiene. Y notando que allá, en el fondo, hay gente, gente que se mueve, nos sentimos como debió sentirse Gautier al salir del Escorial. ¡Qué bella es la vida! ¡Qué admirable es el movimiento!

Y para que todo sea contraste, apenas hemos penetrado en el bosque florido, notamos que todo el

millón de habitantes de Budapest está allí.

Amontonándose en cafés inmensos, en monstruosos jardines llenos de mesitas, en fenomenales galerías, ejércitos enteros de hombres, mujeres, niños y ancianos, cantan, bailan, gritan y beben.

Los alemanes exclaman:

—¡Es kolossal!

Y es, en efecto, colosal. Hay cervecerías, como la Hungría de Hungría-Ut, en las que veinte orquestas hacen bailar á veinte mil parejas.

Luego, más arriba, Osbudovara, la feria, el barullo de los organillos, la voluptuosidad de los violines, los idilios en la sombra, la vida nocturna que comienza, y en los ojos de las húngaras, esos ojos divinos, los fuegos de la pasión que brillan como chispas.

VIOLINES DE HUNGRIA

«¡Los tzigans! ¡Los tzigans!...»
Y nosotros, acostumbrados á ver, en los restaurants de Europa, las brillantes orquestas compuestas de hombres rojos, nos asomamos á la ventanilla y buscamos, entre la multitud que llena la estación, el grupo pintoresco. Por todas partes hombres descalzos, campesinos miserables, niños sin camisa, muchachas con los brazos desnudos, militares cubiertos de polvo, burgueses sórdidos... Pero hermanos de Rigo, ninguno.

—¿En donde están?—preguntamos.

—¡Allá!...

Y en efecto allá están los pobres músicos, miserablemente vestidos, con levitas raídas, con fracs raídos. Allá están, de pie, formando un semicírculo alrededor del jefe, que gesticula, que abre los bra-

zos, que se inclina hasta el suelo y que luego, en un estiramiento de reptil, yérguese con el arco en la mano cual una batuta interminable. ¡Allá están! Ya los violines lloran y ríen y cantan, en la atmósfera ardiente de esta tarde canicular. ¡Qué música tan extraña! Son voces de amantes que se lamentan en la sombra; son suspiros éntrecortados que vienen de lejanías azules; son amenazas, ruegos, oraciones, promesas y preguntas. Es todo el lenguaje musical de la pasión. Y si es cierto, como dicen los especialistas, que no hay en todo ello sino sensaciones rápidas, es necesario confesar que los profanos sentimos más honda esta rapidez que las profundidades del arte sabio.

¡Oh! ¡Los violines zingaros! Son hermanos de nuestras gitanas guitarras. Y con un ardor igual, y con una igual amargura, dicen, allá, en el otro extremo de Europa, á orillas del gran Danubio inmóvil, las eternas preocupaciones

de la raza misteriosa que vive en Europa desde hace siglos sin dejar de ser africana. "Tales eran hace mil años —dice Saint Victor— tales son hoy. Ninguno de los rasgos del tipo primitivo se ha alterado. En los campos de Escocia, cual en las sierras de Andalucía, esos hombres de nariz aguileña, de ojos biliosos, de tez de bronce, de pelo duro, son los mismos que espantaron á los cronistas de la Edad Media.» Y si los hombres no cambian, el ritmo tampoco. Los zingaros que vió el autor de *Hombres dioses* en España y en Inglaterra, lo mismo que estos que hoy me aparecen en una estación de Hungría, viven en universo ideal de vibraciones apasionadas. Los suspiros de sus violines ó de sus guitarras son suspiros de toda la raza, esa raza que la gente desprecia, creyéndola inferior, y que, en realidad, no es sino diferente.

¡Violines de Hungría! ¡Cuán deliciosamente acariciáis mis oi-

dos! En vuestra música hay algo más penetrante que la armonía misma, algo que no es ya sonido, sino caricia física, sacudimiento material, algo que nos domina por completo, invadiendo nuestra alma y nuestro cuerpo. Los filtros antiguos que las gitanas vendían á los incautos amorosos, deben haber sido extraídos de estos ritmos. ¡Cuánto hechizo en cada estrofa! ¡Cuánta fantasía! ¡Cuánto lujo! ¡Cuánta variedad!... Por que eso de creer que los aires gitanos son monótonos, es como suponer que las nubes son uniformes. Son cambiantes como los cielos lejanos; suntuosos como los collares que adornan los pechos dorados de las vírgenes errantes; son ardientes como las miradas de esos ojos negros; son lánguidas como la voluptuosidad misma; son quejumbrosos como la ausencia.

¡Oh, violines zingaros, violines de amor y de penas; cuán hondamente penetráis nuestras almas con vuestros suspiros y con vuestras quejas.!

EL REGRESO

LA CANCIÓN DEL SOL

¡Qué bello es el sol! Vosotros los que vivís en países paradisíacos, bajo cielos azules, entre rayos dorados; vosotros, los hijos de España y de América, vosotros no podéis comprender la impresión que produce en estos primeros días de primavera la resurrección de la luz, porque se trata de una verdadera resurrección. Durante meses enteros existimos en la penumbra ó en la sombra.

Los faroles del alumbrado público se encienden á las tres de la tarde. Y así, el grito angustioso de Oswald en los Aparecidos de Ibsen no es inteligible sino en el Norte, entre la bruma.

¡El sol!... ¡El sol!... ¿Quién en

los inviernos parisienses no ha gritado un día lo mismo? Por un rayo de luz daría uno, entre septiembre y abril, cualquier tesoro.

Hoy he tomado yo mi primer baño de luz, *consciente*, gracias á un amigo célebre que no viene á buscarme sino en los casos solemnes.

—¡Ah, caballero—me dijo al entrar—usted no conoce los verdaderos placeres de París!

Y con sonrisa de Mecenas y además de millonario, continuó:

—Yo voy á iniciarle á usted en ellos... Pero no me lo agradezca, pues ningún gasto me ocasionará. Los verdaderos placeres son gratuitos. Los otros, los que se compran, las noches de restaurant á la moda, el champaña de los cafés de Montmartre, los teatros y los conciertos, son espectáculos explotados por mercenarios, y de los cuales un alma sensitiva no debe gozar sin rubor. Lo que se vende esgrosero. Lo que seda, en cambio, lo que se entrega sin in-

terés, la mirada que viene del balcón misterioso, la sonrisa que acaricia y que pasa, la estatua viva que después de ondular ante nuestra vista desaparece entre las fauces de un portal, el claro de luna que hace á los árboles un manto de plata etérea, y el sol, el sol de oro y de púrpura en el cielo de turquesa... y todo lo que es arte grande, en fin, debe exclusivamente seducirnos. Por Dios Santo y por el dios Pan sígame usted.

Estábamos en la esquina de la Ópera... Eran las siete de la noche.

La ciudad, envuelta en ligeras sombras que aun no llegaban, y luz que aun no se iba, parecía una decoración de "feerie". Todo palpitaba entre el áureo polvo del crepúsculo.

Los edificios esbeltos y grises cubríanse de vapores rosados, y allá en lo alto de los torreones, donde el aire es más puro y más diáfano, las oriflamas internacio-

nales estremécense con vuelos multicolores.

—¿Ha visto usted espectáculo más bello?— preguntóme el hombre de los ojos verdes.—No, en verdad. La callesola, sin músicas, sin desfiles, sin iluminaciones de día de fiesta, la gran calle sorprendida en uno de los momentos más íntimos de su vida monótona y admirable, producía en los espíritus una sensación casi mística.

Los ojos verdes se dilataban. La sombra, como una ola, principiaba á invadir el horizonte.

La figura de bronce que en el vértice de la columna de la Bastilla, corona á la Humanidad, hundíase ya en el aire opaco.

Del lado opuesto, más allá del Arco de la Estrella, más allá de la Torre, detrás de las colinas verdes de Sevres y de Bolonia, surgía un resplandor de llamas que incendiaban aún el cielo.

Y entre la púrpura del Poniente y la penumbra del Oriente, la

calle seguía siendo la arena intensa y muda lucha de los matices.

Muy abajo, muy abajo, bajo los arbolitos pequeñitos de las aceras, bajo los balcones y los rótulos, discurría sin prisa y sin pena una humanidad especial. ¿Eran obreras ó grisetas, burguesitas ó marquesas, banqueros ó dependientes?

No eran nada. Eran seres dichosos que, sin saber por qué, sonreían y se sonreían.

Una ligera voluptuosidad animaba la sangre entre las venas, y los nervios, heridos sin violencia por el aire titilaban bajo la piel. Los hombres maduros parecían adolescentes, y los ancianos se convertían en niños. Ellas, las chicas de quince años, y las chicas de treinta, diríase que temblaban, sacudidas por el *fru fru* de sus faldas de seda, embriagadas por el perfume sin carácter, pero intenso, de la agonía de la tarde.

—¡Admirable!—murmuré al oi-

do de mi amigo, muy quedo para no despertar á la Naturaleza.

El no me contestó. Temblando, también, decía entre dientes, como el rey David: „¡Presérvanos, Señor, de la cosa horrible que vaga por la noche!“

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Los pasaportes.	7
Las viajeras.	9
La nieve.	12
La llegada.	15
En trineo.	17
En el hotel.	21
Un amigo de D. Jaime.	24
Por las calles de Petersburgo.	28
Los señores funcionarios.	35
La obsesión.	39
Placeres de grandes duques.	44
El Chtochukine.	50
El tirano.	55
La casa de Gorki.	62
El jardín de los suplicios.	67
La raza perseguida.	69
El jardín de las caricias.	75

PAISAJES EN ALEMANIA

Las noches del Broglie.	79
La ciudad feliz.	83
La ciudad horrible.	87
La ciudad real.	91
El fastidio de un domingo.	95
Violines de Hungría.	100

EL REGRESO

La canción del sol.	105
-----------------------------	-----

do de mi amigo, muy quedo para no despertar á la Naturaleza.

El no me contestó. Temblando, también, decía entre dientes, como el rey David: „¡Presérvanos, Señor, de la cosa horrible que vaga por la noche!“

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Los pasaportes.	7
Las viajeras.	9
La nieve.	12
La llegada.	15
En trineo.	17
En el hotel.	21
Un amigo de D. Jaime.	24
Por las calles de Petersburgo.	28
Los señores funcionarios.	35
La obsesión.	39
Placeres de grandes duques.	44
El Chtochukine.	50
El tirano.	55
La casa de Gorki.	62
El jardín de los suplicios.	67
La raza perseguida.	69
El jardín de las caricias.	75

PAISAJES EN ALEMANIA

Las noches del Broglie.	79
La ciudad feliz.	83
La ciudad horrible.	87
La ciudad real.	91
El fastidio de un domingo.	95
Violines de Hungría.	100

EL REGRESO

La canción del sol.	105
-----------------------------	-----

T. ORTS-RAMOS

ERÓTICOS
Y
SENTIMENTALES

2 reales

CATÁLOGO
de las
obras que se hallan de venta
en la

COLECCIÓN DE LIBROS MODERNOS
Córcega, 248

BARCELONA

NOTAS

Los señores corresponsales obtendrán el descuento de coste. A los pedidos debe acompañar su importe, en libranza giro mutuo, sellos de correo, sobre monedero etc., añadiendo el del franqueo y certificado.

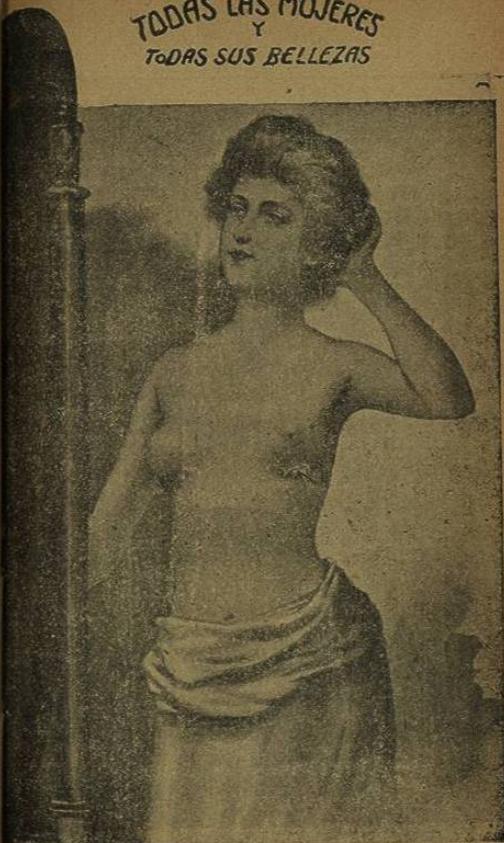
Cuando el importe de los pedidos ascienda á más de 10 pesetas, y el corresponsal presente referencias satisfactorias en esta plaza, se le abrirá cuenta, girando por todo el valor de los envíos de un mes en los primeros días del próximo.

Los gastos de franqueo, son de cuenta del comprador.

No se responde de los envíos no certificados.

Todas las obras, cuyas portadas damos en este catálogo están profusa y artísticamente ilustradas.

TODAS LAS MUJERES
Y
TODAS SUS BELLEZAS



EL CUERPO FEMENINO

2 reales.

E. Talmrens Drangs

TODAS LAS MUJERES
Y
TODAS SUS BELLEZAS



LA RAZA AMARILLA

2 reales

E. Talmrens Drangs

TODAS LAS MUJERES
Y
TODAS SUS BELLEZAS



BAZA BLANCA.—I. Europeas

2 reales

E. Taimrens Drangs

TODAS LAS MUJERES
Y
TODAS SUS BELLEZAS



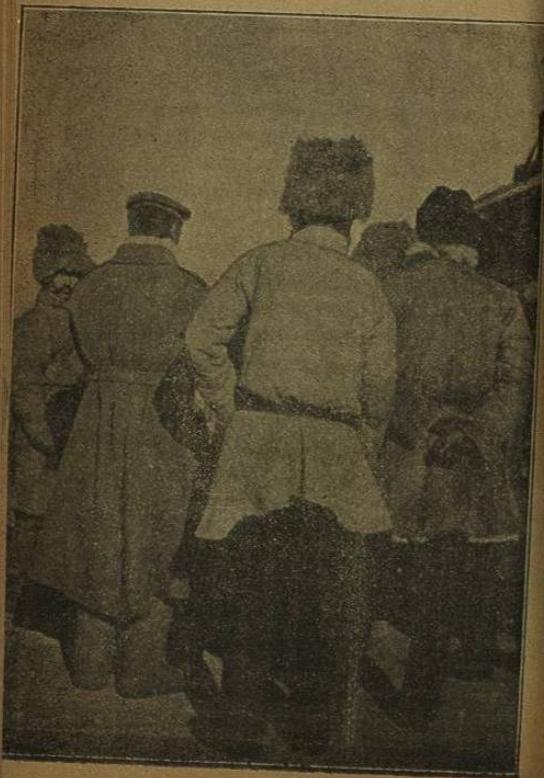
LA RAZA NEGRA

2 reales

ERÓTICOS Y
SENTIMENTALES

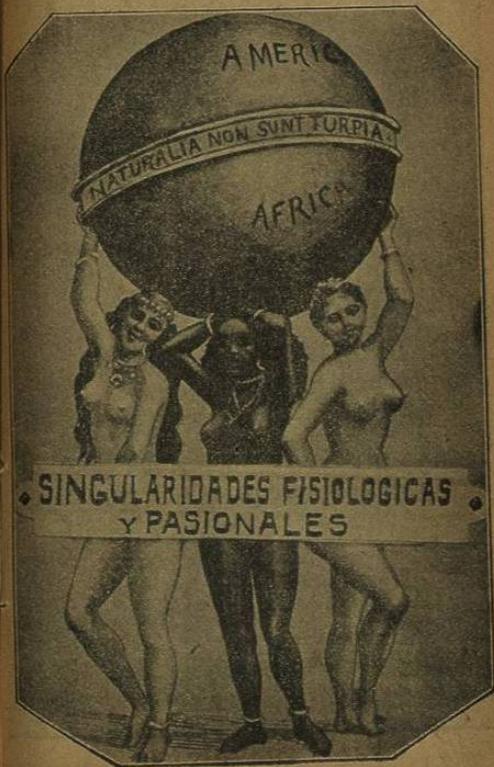


SENSACIONES DE RUSIA



E. Taimrens Drangs

EL AMOR EN TODOS
LOS PAISES.



2 reales

L. Famprens Drangs

LOS SECRETOS
DE
LA
VOLUPTUOSIDAD



SINGULARIDADES FISIOLÓGICAS
Y PASIONALES

2 reales

Guy de Maupassant

LA
ALCAHUETA



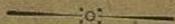
1 real

LA TRATA DE BLANCAS

I

MERCADO DE VÍRGENES

3 reales



II

CAPRICHOS DE DAMAS

3 reales

ilustradas profusamente

LA PRUEBA
DE
LAS DONCELLAS



De autor francés desconocido.

1 real

B. d'Aurivilly

UNA DIABÓLICA



1 real

Otras obras que se hallan en venta en este centro editorial.

Ovidio.—El arte de amar.—
2 reales y medio.

* Los quince goces del matrimonio.—4 reales.

Dr. Rauland.—Guía médica del lecho conyugal —4 reales.

Dr. Salazar.—La sífilis —2 reales

*** Arte de pocrear hijos sanos.—2 reales.

A. Schopenhauer.—El amor, las mujeres y el matrimonio.

4 reales

QUEVEDO

AGUDEZAS

2 reales

ALEJANDRO LERROUX
HISTORIA DE GARIBALDI

4 reales



BIBLIOTECA MIGNON

BIBLIOTECA MIGNON

- I. V. Medina. — *Aires murciaños.*
- II. A. Palacio Valdés. — *¡Scia!*
- III. Clarin. — *Las dos cajas.*
- IV. Wagner. — *Historia de un músico en París*
- V. González Serrano. — *Siluetas.*
- VI. J. Valera. — *El pájaro verde.*
- VII. Luis Bonafoux. — *Risas y lágrimas.*
- VIII. J. O. Picón. — *Cuentos.*
- IX. Becerro de Bengoa. — *El recién nacido.*
- X. J. O. y Munilla. — *Cremielga.*
- XI. J. M. de Pereda. — *Para ser buen arriero...*
- XII. Alfonso Daudet. — *Una anécdota del segundo Imperio.*
- XIII. V. Blasco Ibáñez. — *La encerrada.*
- XIV. G. Martínez Sierra. — *Almas ausentes.*
- XV. E. Menéndez y Pelayo. — *A la sombra de un roble.*
- XVI. G. Núñez de Arce. — *Sancho Gil.*
- XVII. Blanca de los Ríos. — *Melita Palma.*
- XVIII. Arturo Reyes. — *Cuentos andaluces.*
- XIX. P. A. de Alarcón. — *El clavo.*
- XX. M. Tolosa Latour. — *Hambreadas.*
- XXI. J. Benavente. — *Cartas de mujeres.*
- XXII. Narciso Oller. — *La bofetada.*
- XXIII. E. Marquina. — *Eglogas.*
- XXIV. P. Baroja. — *Idilios vascos.*
- XXV. F. Acebal. — *De buena cepa.*
- XXVI. Dr. Mariscal. — *Morfínismo.*
- XXVII. M. del Palacio. — *Un soldado de ayer.*
- XXVIII. M. Cervantes. — *Curioso impertinente*
- XXIX. Dr. Calatraveño. — *Los niños que sufren.*
- XXX. Jacinto Benavente. — *Cartas de mujeres.*
- XXXI. Manuel Ugarte. — *Cuentos de la Pampa.*
- XXXII. B. Rodríguez Serra. — *Idilios rotos*
- XXXIII. Valle Inclán. — *Jardín Umbrío.*
- XXXIV. José Echegaray. — *Los tres sueños de Colilla.*
- XXXV. Luis Taboada. — *Las cursis.*
- XXXVI. Eduardo L. Chavarrí. — *Armónica.*

XXXVII

Biblioteca Mignon

E. GÓMEZ GARRILLO

LAS MUJERES DE ZOLA

ILUST. DE SANCHA Y DE SANCHEZ GERONA

Casa editorial,

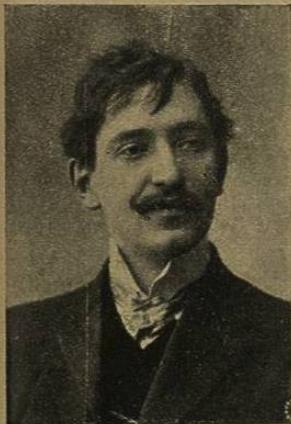
VIUDA DE RODRÍGUEZ SERRA

Salud núm. 19.

MADRID

AS MUJERES DE ZOLA

Imp. Marzo, S. Hermenegildo, 32 d.º
Teléfono, 5.127.



*Dedicatoria á Alfredo Vicenti,
sin frases.*

E. G. G.

LAS MUJERES DE ZOLA

I

Angélica.

La primera mujer que me sonríe al penetrar en el vasto universo creado por el maestro, es Angélica, la bien llamada. Me sonríe con sus pálidos labios que se entrecabren en la blancura espectral de un rostro adolescente. Sus ojos color de violeta, cargados de visiones amorosas y de vagas imágenes místicas, parecen haber olvidado, contemplando las vidrieras de la capilla Hauteceurt, el primer espectáculo de su niñez. Y sin embargo nada hay tan involi-

dable como aquella noche de invierno, en la cual, huyendo de los Rabier, refugióse en la catedral y durmió á los pies de la Virgen, mientras las santas de piedra que oran la fachada, se vestían de nieve ¡Y la mañana siguiente, cuando los Hubert la recogieron muerta de frío y se la llevaron para quererla como hija! Pero todo eso parece muy lejano á la orgullosa soñadora que se yergue cual un lirio en el esplendor de sus quince años, con el deseo de contemplar á Feliciano.

«Ya es—dice el maestro—una admirable bordadora que presta vida á las flores y alienta con fe los símbolos. Posee el don del dibujo, y sus vírgenes, parecidas á las ingenuas figuras de los primitivos, causan asombro.» En el fondo del pecho de la obrera, un corazón de iluminada

palpita. Las vidas de los santos envuelven á la pobre Angélica en una atmósfera de milagro. Su origen, por otra parte, la predispone á las pasionales complicaciones fisiológicas.

¡Su origen! ¡Qué cosa tan obscura! Su madre es la lamentable Sidonia que encarna la codicia de los Rougon y que, después de haber tratado de ganar honradamente algún oro vendiendo frutas provenzales en una clara tiendecilla de la calle Saint-Honoré, establece una secreta casa de intrigas galantes en el Faubourg Poissonnière.—En cuanto á su padre, nadie le conoce—ni aun su madre.

De tales herencias un carácter complicado surge, obscuramente al principio, con misteriosos sobresaltos y singulares caprichos; en segui-

da, con ardores místicos que la hacen desear una muerte igual á la de las vírgenes mártires; luego, con vágos instintos eróticos que llenan sus labios de hormigueos, y, por último, con un ideal preciso, en el cual la suprema castidad y la suprema pasión se confunden... Su mente, caldeada por los ensueños y las lecturas, ve en un noble vecino, hijo de los Hauteceurt, su futuro compañero de inefables felicidades. «Parece—dice Zola—que la boda se verificará inmediatamente, pues está acostumbrada á los milagros leídos en las *Vidas de los Santos*. Y cuando Hubertina le hace ver la realidad diciéndole que el sobriño de un poderoso obispo no puede casarse con una pobrecilla, precipítala en un abismo de humillaciones. Pero aun hundida allí, su mente la hace creer

que un milagro se realizará.» Como una virgen de miniatura de brevuario, Angélica se ve á sí misma en sueños, salvada de la obscuridad de su condición por el príncipe rubio. Toda su alma, todo su cerebro, todos sus sentidos, toda su locura, todo lo que en ella hay de misterioso y de sobrehumano, toda su naturaleza de iluminada, en fin, enciéndese en llamas de imposible deseo. Y por una serie inverosímil de circunstancias, las locas imaginaciones de la virgen amorosa conviértense en realidades. El obispo Hauteceurt, cuya divisa legendaria reza «si Dios quiere yo también», inclínase ante los amores de su sobrino y de la bordadora. ¡Pero esperad! El cuento azul termina trágicamente. «Se casa con la fortuna—dice el maestro—, se casa con la gentileza,

con el poder, con la juventud; y blanquísima en su traje blanco adornado de encajes y de perlas; blanquísima en la cima de la dicha, muere besando con sus labios febriles los labios de Feliciano.»

II

Denisa.

La dulce Denisa, envuelta en su inmensa cabel'era rubia, sonríe modestamente, y su sonrisa entre los agujerillos de las mejillas y de la barba, ilumina todo su rostro, aviva todo su ser. Cuidando á sus dos hermanos con solicitud admirable, siente, á los veinte años, palpitar en su pecho tranquilo un corazón de madre. Sin curiosidad y sin deseo de vivir una existencia mejor, guiada sólo por el cariño fraternal, abandona el pueblo donde nació y toma el

camino de París. Su prima Genoveva le da hospitalidad en el obscuro, y sucio, y frío cuarto que ocupa en la



calle de la Michodière. Con lo que gana en el «Bonheur des Dames», mantiene á su Juan y á su Pepe. Y

como es muy poco, muy poco lo que produce el trabajo de las vendedoras, los tres huérfanos de Valognes sufren de la más espantosa miseria. Pero Denisa sufre con valentía. Su naturaleza serena contempla tranquilamente el porvenir. Algo le dice que más tarde podrá saborear los goces altruistas en que sueña y que consisten en ver gozar á los demás. Porque para sí misma, ella nada quiere. Su propia juventud llena de savia amorosa, parecela una cosa inútil, puesto que jamás podrá entregarla al hombre á quien ama en secreto. ¡Está tan alto en la escala social! Su alma loca, en efecto, no se ha prendado de uno de sus compañeros de la tienda, sino del amor mismo, del poderoso Octavio Mouret. «Los ojos del patrón, dice Zola, llenáronla de amor desde el primer

día. Aquel encuentro fué decisivo. Pero en tanto amor había una ignorancia medrosa, algo como un susto de sí misma.» En la tienda inmensa donde se amontonan todas las tentaciones de la mujer, donde hasta en el aire hay un perfume penetrante de coquetería, donde todo respira lujo, elegancia, chic, la humilde muchacha va afinándose poco á poco. Al contacto frecuente de las sederías, su piel blanca se satina, y sus gestos cobran voluptuosa molicie en el calor perpetuo de los salones de modas Mouret no parece ni verla. Dominado por la fiebre del comercio, agranda cada día su tienda y aumenta los surtidos de artículos femeninos, seguro de que la parisiense, alucinada por tantas cosas bonitas, llegará hasta el vicio, hasta el crimen, para poder comprarlas. «Para traficar mejor

con los deseos de la mujer—dice Zola—, Mouret la embriaga de atenciones: establece elevadores capitonados, distribuye ramilletes de violetas, hace una sala de lectura que acilita las citas galantes, y á la formidable publicidad de los carteles, de los periódicos, de los catálogos, agrega las primas á los niños, las estampas, los juguetes, los globos de goma que, detenidos por un hilo, llenan á París de letreros anunciadores. Pero el comerciante dominador del bello sexo experimenta de pronto una debilidad y se siente dominado por una fuerza superior... La fuerza superior es el amor—el amor por Denisa.

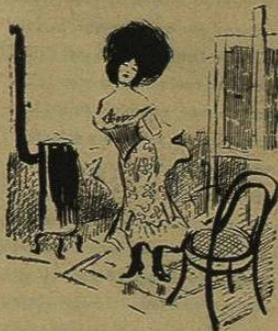
Sí; el poderoso amo del «Bonheur des Dames» está enamorado de su empleadilla, de la pálida muchacha de inmensos cabellos, de la más se-

ria, de la menos seductora de las vendeuses. Porque no hay duda: entre las mil chicas que sirven en la tienda, las hay á centenares más bonitas, más provocativas y más jóvenes. Octavio Mouret lo sabe. Sabe también, por instinto, que la conquista de Denisa le será más difícil que la de cualquier otra mujer. Y á pesar de todo, vencido, emprende la campaña con promesas y galanteos, apasionadamente. Pero todo es en vano. La muchacha, tranquila y sana, resiste al amor. Con una dureza inexorable responde á todas las palabras de su amo. Al fin Mouret le ofrece su mano. Denisa acepta con sencillez, como si fuere una cosa muy natural en el mundo que una modistilla buena y bonita se case con un millonario.

III

Cristina.

Esta es la falsa musa. Se llama Cristina. Su tez de primavera, su seno naciente, sus cabellos negros enlo-



quecen en Claudio Lautier al artista y al hombre. Pero al principio el único que habla es el artista. Con un entusiasmo goloso, el pintor co-

pia la juvenil garganta, se extasia ante el talle frágil, admira los redondos brazos. ¡Nada más! Ella ve con extrañeza á aquel chico guapo que, encontrándose solo con ella en el misterio de su estudio, no la pide sino que se quede quieta. Por eso, piensa luego en él con cariño. Por eso vuelve á menudo. «Alta—dice el maestro—, alta y bella con su pesada cabellera, tiene un aspecto de tranquila decisión. La parte superior del rostro es de una inmensa bondad, de una inmensa dulzura, con la frente límpida cual un espejo y la naricilla nerviosa. La sonrisa de los ojos ilumina el conjunto. Pero la parte inferior de la cara aleja la idea de ternura: la mandíbula es dura, la boca es una flor de sangre, los dientes son fuertes. Es una planta de pasión en la cual la savia amo-

rosa palpita. > El retrato es admirable, ¿verdad? El maestro parece complacerse de una manera muy especial en presentar á sus más queridas heroínas en el instante en que los sentidos empiezan á despertarse, y en verlas ir, paso á paso, con incertidumbres ingenuas y locos aleteos, hacia la hoguera de las supremas caricias.

Durante largos días Cristina, virgen, sirve de modelo para un cuadro desnudo á su amigo; y no siente rugir en su pecho el amor por el hombre, sino cuando, en la Exposición de Bellas Artes, contempla la obra del artista escarneada por una hostil multitud. ¡Oh! ¡aquella tarde! Queiriendo consolarlo de la burla de los demás, corre hacia él con los brazos abiertos, y en la penumbra perfumada del crepúsculo besa arden-

temente los labios que se crispan.

Al sentirse mujer, Cristina, con su carácter franco, comprende que no puede continuar viviendo en casa de madama Vanzade, donde la tienen por una niña. No; no puede; no quiere. Claro que no le sería difícil ni esconder sus au ores, ni hacerse los perdonar confesándolos. Pero no. Su frente se enturbia á la sola idea de una humillación ó de una mentira. Con su pintor huye, pues, á Benencourt para adorarlo en el tibio secreto del campo.

He dicho mal. No es el pintor, sino el hombre el que huye. En la puerta de la alcoba ha muerto el artista. Y la mala musa, la mujer enteramente amorosa, siente un inmenso orgullo al convencerse de ello. La pintura le parecía su rival. Sin genio y sin ensueños, Claudio antója-

sela más «suyo». Su egoísmo erótico es tan grande como su amor, su amor proceloso, su encrespado amor de pecado, ante el cual todo se borra de su alma, hasta el sentimiento de la maternidad. Porque Cristina no es madre sino de una manera material. En el fondo no lo es. No es más que amante.

Claudio, en cambio, después de la ebriedad de los sentidos, vuelve á amar su arte. Los celos femeninos nacen entonces. «En el fondo de ella — dice Zola — el insaciable amor ruge siempre. Ella no deja de ser la carne de pasión, el deleite de labios rojos y sangrientos.»

El despego de Claudio la hace sufrir torturas casi físicas. En su desesperanza llega á odiar el arte hasta el punto de decirse que preferiría tener como rival á una mujer.

Para consolarla, Claudio se casa con ella, pero el consuelo es pálido y la fagosa amante siente, al volver de la alcaldía, sensación de regresar de un entierro—el entierro de su amor, de su juventud, de su goce. Y con alma doliente, vive sufriendo en la monotonía del olvido hasta que, una mañana, el suicidio de su marido la sacude con violencia trágica.

IV

Nana.

Hela aquí. El frufrú de sus trajes de seda y el perfume de sus cabellos anuncian desde lejos su llegada. Es la flor del rosal cárdeno. Es la mosca de oro. «La crónica de Fauchery—dice Zola—era la historia de una mujer, hija de cuatro ó cinco generaciones de borrachos de sangre corrompida por larga herencia de

miseria y vino y que se transformaba en ella en un desarreglo nervioso sexual. Arrojada al arroyo pa-



risiense, alta, bella, de hermosas carnes, cual planta del estercolero, parecía hecha para vengar á los miserables, de los cuales procedía. Cos-

ella la podredumbre que fermenta en el pueblo, subía hasta la aristocracia para encanallarla. Sin quererlo, sin saberlo, llegaba á ser un elemento, una fuerza de la naturaleza, un fermento de destrucción, corrompiendo y desorganizándolo todo. Al fin del artículo hallábase la comparación de la mosca, una mosca de color del sol, escapada de la inmundicia, una mosca que chupaba la muerte de las carnes podridas y abandonadas en los caminos, y que después, volando con sus reflejos de pedrería, envenenaba á los hombres sólo con posarse en ellos. Fauchery era un moralista. Si hubiese sido un pintor en vez de un símbolo, habría visto en ella una imagen seductora, con su cabellera de oro, su piel de raso, su naricilla picaresca y sus ojos fosforescentes. Si hubiera sido es-

cultor, lo que en ella le hubiese llamado la atención, habría sido la esbelta estatua viva. Si hubiera sido poeta, en fin, poeta y amante, habriase dejado alucinar por todo lo que, en su vida, en su alma, en su cerebro, es capricho, fiebre, locura, voluptuosidad, tristeza, gracia, coquetería, vicio, independencia, instinto libre é inconsciente ingenuidad. Porque no hay ceguera más grande que aquella que sólo ve en la cortesana moderna un ser de cálculo y de lujo...

Nana es el símbolo de la corrupción áurea. A los veinte años, después de haber vivido con unos cuantos protectores cosmopolitas, aparece una noche vestida de su blancura, coronada de sus cabellos, y triunfa en el escenario de Variedades, sin talento y sin voz, sólo con el prestigio

dominador de su belleza rubia y de su sonrisa provocante. Una jauría de hombres sigue sus huellas, y ella, segura del porvenir, comprende entonces que podrá escoger, y ser exigente y ser desdenosa y ser cruel —y también, á veces, ser buena, sonreír, acariciar y morir de amor en un beso sin precio. «Siempre convencida de su superioridad sobre las honradas gentes que la aburren —dice Zola—, hace daño con la más perfecta inconsciencia.» Jérgé Hugon la gusta como la gusta luego su hermano Felipe Hugon. Que de ese doble amorcillo pueda surgir un drama fraternal, ni siquiera se lo imagina. No es ella, pues, sino la vida misma la que es cruel. En sus relaciones con Fontan, que la maltrata, muéstrase apasionada sin interés. El mismo maestro, más adelante dice:

«Nana es, ante todo, una buena muchacha. Las tristezas á su alrededor le hacen llorar, y cuando cree que ha sido dura con sus criados, les pide perdón.» Su maldad tiene algo de rencor de casta. Es mala con los ricos, con los nobles, con los que le parecen opresores del pueblo. Es mala con Muffat, es mala con Vandures, es mala con Steiner, es mala con los que la compran como un objeto de lujo ó como un calmante indispensable para sus vicios. Pero no lo es con Satin, ni con sus demás *beguins*.

Cansada de dominar á Paris, de tener palacios, de devorar fortunas, de precipitar familias enteras en la ruina y en la desesperación, una noche, de repente, cae enferma. La página de su muerte es espantosa. «Va á morir como una bestia putrefacta»

—dice Zola—. Después de una ruidosa exhibición en el teatro de la Gaité, en el papel de *Melusina*, después de un viaje por Oriente, cae enferma en un cuarto de hotel y sucumbe, sola, entre pústulas hediondas.

V

Clorinda.

No creo que Clorinda tenga, entre los lectores del maestro, un gran número de admiradores. Su figura, en medio de tantas otras tan brillantes, parece pálida. Empero es, quizá, la más bella de todas, la más bella de un modo plástico por lo menos. «No tiene defectos», dice alguien hablando de su belleza. No. Pero carece de *chic*. Se viste sin la ciencia consumada de las parisienses y bajo los árboles del bosque, ea las

tardes primaverales, sus trajes algo ridículos hacen de ella una imagen á la vez divina y ridícula. ¿Qué no es doble en ella? Su generosidad de unos días es tan grande como su avaricia de otros; su misticismo camina á la par de su instinto libertino; su ambición, en fin, es tan enorme como su modestia. Mas de todo resulta necesario suprimir lo pálido, lo honrado, lo humilde, que no es sino máscara, para dejar lo *otro*, que es lo real. Y no hay duda, lo otro es grandioso. En una época de orden, parece una hija de la leyenda aventurera de siglos más pintorescos, venida de Italia para conquistar, como Mazarino, el supremo poder en Francia. Con modales singulares, pareciendo alocada, chocando, seduciendo, inquietando, sigue por encima de todo escrupulo la línea que su vo-

luntad se traza con objeto de llegar á un rico matrimonio. Su excelencia Eugenio Rougon, pareciera una presa digna de los halcones de su deseo. ¿Cómo no ha de enloquecerlo, siendo tan bella! ¿Cómo no ha de conquistarle, siendo tan hábil! ¡Oh! Pero él lo es más. ¿Lo es más ó lo es menos? Lo es más porque escapa á la seductora diabólica y la obliga á casarse con un pobre hombre sin talento. Lo es menos porque no adivina que aquella mujer es capaz, teniendo un marido, de hacerlo triunfar á pesar de todo. ¡Y cuánta elegancia en la venganza! Ahí se ve la angre florentina que corre por sus venas azules, bajo el alba seda de su epidermis. Sus intrigas hacen que el emperador dé el gobierno á su enemigo. Viéndole en el poder, se acerca á él y le dice: «Te he hecho subir

para precipitarte en seguida al abismo.» Al día siguiente cambia el ministerio, en efecto, y reemplaza á su excelencia Eugenio Rougon, el marido de Clorinda. «Ya ves que no es más pobre hombre que tú» — termina diciendo. Y después de tres años de intrigas, llama de nuevo al poder, sonriendo divinamente, á su excelencia Eugenio Rougon.

VI

Clotilde.

¿Os recordáis de aquella chiquilla á quien Angela Sicardot no quiere abandonar y que, después de un viaje por el Mediodía va á vivir á casa de su tío? En «La Curé» la dejamos casi en pañales. En el «Docteur Pascal» la encontramos luego creciendo libremente como una planta silvestre. «A la edad ingrata — dice el

maestro — de los doce á los diez y ocho años, parece demasiado alta. Sin esbeltez, trepa á los árboles cual un muchacho.» Pero de pronto, por obra de hechicería, comienza el cuerpo á adelgazarse, se afina la cintura y surge, poco á poco, del bloque sin cultura de mármol color de rosa, la más seductora estatua de voluptuosidad. Oid cómo la describe Zola: «Tiene la cabellera rubia, cortada hasta la nuca, un perfil exquisito y serio; la frente recta, los ojos azul celeste, la barbilla carnosa y la nariz delicada. Su cuello es de una blancura de leche entre el oro loco de los cabellos que revolotean á su alrededor.»

... Ya tiene veinticinco años. ¡Y es tan ignorante! Lo único que sabe es leer y escribir. Pero en esto, como en el desarrollo plástico, una sorpre-

sa nos espera. De pronto comienza á saber, á saber mucho, á estudiar, á meditar; y cuando menos se piensa, ya está ayudando á su sabio tío, el doctor Pascal, en sus labores científicas.

¡Qué admirable es el cuadro que nos hace ver, uno frente á otro, á estos dos seres unidos por el destino á pesar de sus edades! Ella, la niña cristiana, que se acuerda con íntima ternura de las oraciones que la enseñó su nodriza Martina, querría conquistar para el Señor Jesucristo el alma incrédula de su tío. «Sueña —dice Zola— en destruir el pensamiento de su maestro, en aniquilar las obras que hieren su fe católica, y se hace cómplice de los cobardes designios de su abuela Felicité. Pero sorprendida por el doctor en el momento en que pilla sus manuscritos,

se siente dominada, domada por la voluntad viril, y se arroja en brazos de los hechos, de la verdad desnuda, de la execrable realidad que revolucionara todo su ser y la diera una formidable lección de vida.»

La reconquista del alma de Clotilde es de una belleza simbólica inolvidable. La antigua enemiga se hace sumisa discipula. En las noches estudiantas, bajo la luz de la lámpara, ante los libros de ciencia, las dos cabezas se aproximan y los cabellos blancos del sabio se confunden con los cabellos rubios de la convertida. Luego los labios también se acercan, temblorosos, en un beso fecundo.

VII

Matilde Jabouille.

Un retrato goyesco: «Tiene treinta años, es morena; su rostro chato

aparece flaquísimo, con sus ojos de pasión y sus párpados azulados. Al reír enseña huecos negros de la boca, en los cuales faltan dientes. Es inquietante de fealdad. Un perfume fuerte emana de ella, perfume que impregna su cabellera, su falda, todo su ser. Diríase que su aliento es de menta y de pimienta. Dicen que fueron los curas los que la casaron con Jabouille el herborista; y, en efecto, suelen verse vagas sombras de sotanas en el misterio de su tienda, do reina una discreta penumbra de claustro y un silencio de sacristía, donde las devotas hablan quedo, cual en el confesonario, al hacer sus compras, que meten en el fondo de sus sacos, bajando la cabeza.»

«Verdad que es un capricho? Pero oid las otras dos partes, pues cual una tragicomedia ó cual una pintu-

ra mural, esta historia grotesca se divide en tres *panneaux*.

Jabouille, extenuado, muere. La viuda, inconsolable, lo reemplaza sin ir á la Vicaría, con sus dos empleados Mahondeau y Chaine. Un día, sin embargo, un hombre la seduce. Es Jory, que parece «una gallina gorda» y que tiene «una nariz rosada y oleaginoso». Con él se escapa la herborista, ya rica.

Después de seis meses de idilio ilícito, la viuda de Jabouille consiente en casarse con su raptor.

Tercer cuadro: Desde entonces una esposa autoritaria, hambrienta de respeto, devorada por la ambición, reemplaza en ella á la antigua impúdica; ni siquiera engaña á su nuevo marido. Una virtud agria la domina. Está gorda, es redonda; parece una salchicha.

VIII

Felicité.

Felicité, la viejecita seca y morena que recorre á pasos rápidos las calles de Plassans, y en la cual nadie para mientes, es una lección de energía. Durante veinticinco años lucha por la riqueza en el comercio. La suerte la vence. No importa. Su ideal es ser rica, ser poderosa, ser respetada, ser temida, ser temible. «¡Lo seré!»—dice—. Y no hay que reírse de ella. A pesar de que su marido es un personaje nulo, incapaz de conquistar la fortuna; á pesar de que sólo le quedan unos dos mil francos de renta anuales; á pesar de todo y todos, está segura de que logrará ser poderosa. Para conseguirlo tiene la voluntad.

Con paciencia ve crecer á sus hi-

jos, buscando entre ellos el instrumento de su ambición. Desde luego Pascal, el doctor, no le sirve. Es un idealista loco, que cree en la ciencia y en la humanidad. ¡Bueno! Pero quedan otros dos: un abogado y un funcionario, ambos «utilizables». Y pasan los años, los años, los años..., y nada llega. No importa. Felicité no envejece; con sus ojos feroces contempla las ventanas suntuosas de la casa del agente fiscal. «¡Ah! ¡Reemplazarlo!» Estalla la revolución del 48. ¿No habrá algo? No..., nada. Pero he aquí el golpe de Estado de Napoleón III, los fusilamientos, los motines, la resistencia, la lucha por la libertad. Todo lo noble perece. De las ruinas surge, al fin, la fortuna de la viejecita que supo esperar con avidez. La agencia fiscal es de ella, de su familia. Des-

de entonces, cada día ve crecer su prestigio.

A la tía, que con su idiotez entrístece la casa, la encierra en un manicomio. A Francisco Muset, el amigo del «pueblo canalla», lo precipita en la locura y lo hace suprimir en un arrebato; á otro enemigo temible, Jaujas, lo anula también, en tanto que su hijo allá en París, sube hasta el Ministerio. A los ochenta años, es la más poderosa, la más elegante mujer de la ciudad. La guerra y sus desastres aumentan su riqueza. Ella sabe entonces renunciar á la lucha y retirarse, lo mismo que la emperatriz Eugenia, haciendo gestos de duelo. Sólo una pasión subsiste en su alma, y es el deseo de destruir los papeles, en los cuales, con paciencia de coleccionista, su hijo, el doctor Pascal, ha re-

unido, durante veinte años de trabajo, todos los documentos fisiológicos sobre la familia de los Rougon. Una criada la ayuda. Y así, viendo arder en una inmensa llama los manustritos de su hijo el sabio, siente, ya en las puertas de la muerte, la suprema dicha de salvar á su familia de la verdad cruel de la historia científica.

IX

Catalina.

Catalina no merece el horror con que se la considera. Es la mujer inconsciente, apacible, que recibe los golpes y las caricias de su señor con igual serenidad. A la pobre la gusta Lautier, pero como el que la llama es otro, se resigna. «Es mi hombre» —dice—. Y su «hombre», su Chaval le da todos los días su ración de pa-

tadas, la hace trabajar para poder beber, la deja enflaquecer de hambre. ¡Es su hombre! Por eso lo defiende arriesgando su propia vida el día del motin de los mineros. Por eso pena y suda cargando carbón, para manteerlo. ¡Oh! Y ésta no es una robusta hija de las montañas negras. «Delgadilla á los quince años — dice el maestro —, tiene el pelo rojizo, la boca algo grande, los dientes admirables, la tez pálida.» Su cuerpo es blanquísimo. Vestida de minera, con su calzón y su gorro, parece un pobre hombrecito melancólico y suave.

X

Gervasia.

Otra figura de infierno: Gervasia. «Concebida en la borrachera—dice Zola—, tiene la pierna derecha en-

ferma, es flacucha, muy pálida, y su madre, que adora los licores, la somete al régimen del aguardiente. Ya grande, sigue siendo delgada y frágil, con un delicioso rostro de muñeca, un rostro redondo y pálido de una exquisita delicadeza. Su cojera es casi una gracia: su talle se inclina hacia un lado á cada paso con un suave vaivén.» Esta debilidad física no la impide ser precoz en todo, ganar su vida á los doce años y tener un hijo á los torce. Después de éste vienen otros dos frutos de su amor. Hela aquí, á los veintidós años, tres veces madre, abandonada por su amante y dispuesta á no volverse á emborrachar. Lo único que desea es trabajar para comer. — ¡Oh! ¡Nada más que un mendrugol—y para dar de comer á sus chiquillos. La señora Fauconnier, lavandera, la emplea,

y Coupeau se casa con ella no por que sea guapo, ni trabajador, ni nada, sino porque la pobre no sabe decir «no». ¡Otro hijo! Pero Gervasia, para que nada falte, lava duran-



te doce horas diarias, mientras su marido, por su parte, es un modelo de obreros. Un día Coupeau se rompe una pierna, abandona el trabajo, comienza á beber. Gervasia pone, con lo que un admirador casto la

presta, una tienda de planchadora. ¡Con cuántas ilusiones se instala! Pagará poco á poco, dando un luis cada mes, y economizará algo, y educará bien á los chicos... Pero ¡ay! la realidad es cruel contradictoria. Una vida horrible de degeneración, de lento declive, comienza. El drama es de una monótona tristeza. El marido se emborracha. Ella lucha. Al fin se emborracha también. Vuelve á ser obrera. Sólo que ya es tarde. ¡Ya ni eso puede! Y después de lavar el suelo en una casa, después de dormir entre las inmundicias de una caballeriza, después de apurar lo inverosímil de la ignominia, se va á la fosa común llevada por Bazouge, el enterrador aquel que tanto miedo la inspiraba en su niñez.

XI

Tante Dide.

Una desdenada: es la madre de todas. Es la primera. Por eso, en nuestras imaginaciones, es la última. Tante Dide.

¡Tante Dide! De ella salen todas las ramas del árbol. Es la abuela de la familia, la fuente de todas esas vidas de Rougons y de Macquarts, el antro oscuro de donde se lanzan en vuelo misterioso para llenar el siglo los más extraños, los más locos, los más estupendos personajes de la vida imaginativa. Es el viejo tronco del árbol. Y así, rugosa como un tronco, vieja como un roble, la vemos en «El doctor Pascal», á la edad de ciento cuatro años, olvidada cual una cosa inútil en un rincón de la vida, ya sin juicio ni voluntad, pu-

diendo pasar horas y horas quieta, momificada, pareciendo una muerta que aún funciona, siendo un organismo del cual ya se ha ido todo, todo (el alma, la sangre, la memoria), y que, sin embargo, aún digiere y se mueve y ve con ojos fijos.



Pero si ella yace inanimada esperando el choque que va á devolverla un día la razón durante algunos minutos para hacerla morir contemplando el pasado trágico, si nada en

ella se mueve, en cambio ¡cuántas vidas palpitan en el mundo que no son sino ramificaciones de su vial! Los Rougons son sus hijos legítimos. Los Macquarts son sus bastardos. Aquéllos fueron engendrados por un robusto y plácido jardinero. Estos tienen como padre á un contrabandista alcohólico. Pero ahora, en la vida, unos y otros se mezclan y se confunden, habiendo pasado por ella, por Tante Dide, por la yema simbólica, por el crisol de la femineidad triunfante.

¡Y quién hubiera dicho que iba á durar tanto! A los cuarenta años, en efecto, ya parecía decrepita. Sus nervios la hacían, por otra parte, víctima de los ataques más espantosos. Pedro Macquart, para precipitar su fin, la despoja de su fortuna, y Pierre Rougon la brutaliza con el mis-

mo objeto. Pero ella no se quiere ir. Y cuando ya casi todos sus nietos han desaparecido, ella continúa en su butaca, inmóvil, grave, triste, como un testigo de las más grandes ignominias humanas.

Después del divorcio.

Luciana, veinticinco años; Ernesto, veinticinco años; Pedro, veinticinco años... Todos tienen veinticinco años. Y todos son ricos. Y todos son bellos. Los ojos de Luciana parecen inmensas violetas pálidas, y sus cabellos la coronan de oro. Es delgada, sin ser flaca—una fause maigre—Su palidez intensa da á su rostro una expresión equívoca de pierrot adolescente. Sus dientecillos hacen pensar en ideales fieras de lujo que se alimentan devorando corazones.

Pedro y Ernesto son morenos, altos, esbeltos.

Un cuarto de trabajo amueblado á la inglesa.

Llaman á la puerta.

Ernesto.—¡Adelante!

Pedro (entrando).—Buenas tardes, Ernesto... bonisimas. Pero no me agradezcas la visita. Está lloviendo... Y como además tengo el sagrado deber de feli...

Ernesto.—De felicitarme, sí; es verdad. Muchas gracias, Pedro.

Pedro.—En el fondo eres el más afortunado de los hombres, pues después de...

Ernesto.—Sin duda... ¿Y dices que está lloviendo?...

Pedro.—¡Horriblemente! Paris es la ciudad más insoportable del mundo. Cuando no está llena de nieve está llena de lodo. No sé cómo no

se les ocurrió á nuestros abuelos establecer la capital en Niza... Pero, ¿á ti qué te importa el tiempo? Ya eres libre; ya no tienes obligación de ir al bosque á las tres..., al teatro á las diez...

Ernesto.—En efecto. (*Se sienta.*)

Pedro.—Si. Eres libre después de haber tenido cadenas dulcisimas. Puedes ir, correr, volver, jugar, beber, amar... No digas que no...

Ernesto.—No digo nada.

Pedro.—Hasta casarte de nuevo puedes... Pero, claro, que no lo harás. Como muestra basta un botón... Un botón de rosa, ¿eh?... No te cases.

Ernesto (sonriendo melancólicamente).—Gracias por el consejo.

Pedro.—Cualquiera diría que es tás triste.

Ernesto.—No.



Pedro.—Sí, estás triste.

Ernesto.—No; te digo que no estoy triste.

Pedro.—Bueno... ¿Y son?... (*Ve al reloj.*)

Ernesto.—Las cinco... Ahora mismo espero á un amigo... Un asunto muy serio.

Pedro.—Un amigo con faldas... un amigo moreno... Vamos, di que esperas á una mujer..

Llaman á la puerta con suavidad, como los nocturnos visitantes de los cuentos de Poe... ¡Toel... ¡Toel... Nada más que dos golpecitos.

Pedro (guiñando el ojo).—¡Claro!

Ernesto (nervioso).— Sí. Pero márchate... Mira, por esta puerta... No seas malicioso... Anda, adiós... (*Salc Pedro.*)

Ernesto (poniéndose de pie).— ¡Adelantel...

Luciana (entrando). — ¿Se puede?... Buenas tardes...

Ernesto (muy emocionado). — Buenas tardes... Luciana... Siéntese... Siéntate... ¿No quieres sentarte?... Sin duda tienes prisa...

Luciana. — No. Yo no tengo compromisos de ninguna clase... ¿Recibiste mi carta?

Ernesto. — Sí.

Luciana. — ¿Y qué dices?

Ernesto. — Digo... Eso es... Yo también quería escribirte en el mismo sentido, pero como ignoraba tus proyectos de vida... Los hombres somos muy tímidos. Y las mujeres son tan caprichosas, que en un mes cambian treinta veces de ideas.

Luciana. — Un mes.

Ernesto. — Sí. Hace un mes que estamos divorciados.

Luciana. — Un mes... Yo tam-

co me atrevía á escribir... ¡Sois tan raros los hombres!... Al fin hice un esfuerzo. Ahora estoy contenta.

Ernesto. — ¿Contenta?

Luciana. — Tranquila.

Ernesto. — Yo también. Nuestros caracteres son opuestos... Tú, tan alegre, tan decidora, tan picaresca... Yo, melancólico y silencioso... Esa fué la causa... Pero aun estando conforme con mi nueva situación, no he de negar que es imposible suprimir así, de pronto, todo el pasado. El divorcio borró el matrimonio, no la amistad... Siempre podemos vernos de vez en cuando, á menos que...

Luciana. — ¿Qué?...

Ernesto. — Que... sí... una cosa muy natural después de todo... Y, además, yo no tengo que meterme en eso... Una mujer divorciada puede casarse de nuevo... *debe casarse*

de nuevo cuando es joven, bonita, como tú... ¡No me digas que no! Todas dicen lo mismo... Ya sé que por ahora... Pero las ideas cambian. La soledad es una consejera irresistible..

Luciana.—No... te aseguro que no.

Ernesto.—En fin, mientras tal cosa no suceda, seremos amigos... ¡Qué bonito traje llevas!

Luciana (sacudiendo su falda de terciopelo negro).—Un vestido serio... casi un vestido de viuda... ¡Se acabó la coquetería! Mi modista me arregla como quiere, y yo ni pido ni protesto.

Ernesto (con tristeza).—Es delicioso tu traje; así, muy obscuro, muy serio, formando contraste con tu sonrisa maliciosa, con la alegría dorada de tu cabellera, con las llamas azules de tus ojos.

(Un minuto de silencio. Luciana sonríe, acariciando la suave tela de su falda, mientras Ernesto se pasa la mano por la frente con ademán pausado y austero.)

Luciana.—Entonces, ¿no has quemado mis papeles, mis cartas, mis reliquias? Me gustaría conservarlas... las de mi madre... y algunos retratos...

Ernesto (abriendo un cajón de su mesa).—Mira...

Luciana (se acerca).—¡Ah! Mil gracias..., con tu permiso... De mi hermana... de mamá... y retratos del convento; la pobre sor Estela que me quería tanto y la madre Teresa... Lo que es bonitas no son.

(Ernesto examina en silencio los papeles. Ante sus ojos, húmedos de emoción, los paquetes van deshaciéndose y rehaciéndose rápidamente.)

Luciana comenta cada sobre, cada retrato, á veces con frases nostálgicas, más á menudo con ligeras ironías.

De pronto, al abrir una bombonera, se esparcen sobre la mesa, volando con alas marchitas, unos cuantos azahares.)

Ernesto.—¡Ah!

Luciana.—¡Mis pobres flores de novial... (Luego, en voz muy baja, como hablando consigo misma). Las florecillas que encarnan todo mi pasado, todas mis alegrías y todas mis penas muertas, todo el perfume de los días paradisiacos que volaron para no volver, toda la ternura del amor difunto... Voy á llevármelas. Y más tarde, cuando de mi juventud no quede sino el recuerdo, aún podré evocarla contemplando estos pétalos secos en el aislamiento de mi

vida por venir... ¡Mis pobres, mis pobrecitas flores!...

Ernesto.—Déjame una... una sólo, para que yo también pueda en las noches tristes de mi futuro solitario, hacer surgir del fondo de la memoria los días llenos de sol de nuestro idilio.. Mira.. Esa pequeñita...

Luciana (coge los dos azahares más completos y se los ofrece).— Toma...

Ernesto.—Gracias, Luciana. (Llevándose á los labios la mano de Luciana.) Mil gracias... ¿Y esas flores frescas que llevas hoy en el pecho, no me las dejas también?

Luciana (sonriendo se acerca á él hasta confundir su aliento con el suyo).—Lo que quieras, Ernesto... Todas las flores que quieras...

Ernesto.—¡Todas las flores!

Luciana.—¡Oh! ¡Todas, todas!

Ernesto.—Tú también eres una flor, Luciana...

Luciana.—Todas las flores...

Ernesto.—La flor roja de tus labios...

Luciana (desfalleciente).—Todas las flores...



LA GUILLOTINA

—

Cuando mi amigo Luis Gallaut, secretario del ministro de la Justicia, nos preguntó en el entreacto si queríamos ver guillotinar al asesino de la marquesa Liana de Riez, yo respondí evasivamente, diciendo á mi mujer: «Como te parezca... ya sabes que las ejecuciones se verifican al amanecer.» Y no era por falta de deseo, no. Yo solo, habría ido con gusto á sentir el escalofrío que los espectáculos trágicos producen; pero con ella, que era tan delicada, tan medrosa, tan enemiga de la violencia; con ella, que acababa de salir

del regazo de su madre para caer entre mis brazos mimosos; con ella, con mi Laura, no, en verdad, no me atrevía. Así, cuando la oí exclamar estremeciéndose de emoción: «¡oh!... ¡vamos!... ¡vamos!», no pude menos de expresarle mi extrañeza.

—¡Bah!—concluyó Gallaut—, las mujeres son más valientes que nosotros.

Y luego, como el último acto iba á comenzar, se marchó dándonos cita en un café de la calle de la Bastilla, á las cuatro de la mañana.

Naturalmente, no nos acostamos. Al salir del teatro, ya muy tarde, entramos en una taberna del Boulevard, donde tardamos hora y media en comernos dos docenas de ostras regadas con champaña.

* *

Al despuntar el día, nos encontramos ya, mi mujer, mi amigo Luis y yo, en la plaza de la Roquette. El verdugo no había edificado aún, con los cuatro maderos de la guillotina, el pórtico de la muerte. Frente á las aceras de la cárcel, alineábanse algunos escuadrones de guardias republicanos, en cuyos sables desnudos los primeros rayos de luz prendían chispas inmensas.

El cielo estaba ensangrentado. ¿Estaba realmente ensangrentado el cielo, ó eran mis ojos los que veían por todas partes el color de la púrpura humana? Sí; sí lo estaba. Laura me dijo, apoyándose en mi brazo: —¡Mira!... ¡qué lindo!... ¡Parece un incendio!...

Lo que parecía era más bien una ola de coral líquido, pues ningún reflejo metálico de esos que por las tar-

des convierten en una llanura de ascuas el Poniente, daba tonos intensos y cálidos al infinito.

—Es un cielo de rubí—murmuró mi amigo para quien todo lo rojo era rubí, como todo lo azul era zafiro.

Yo seguía contemplando, en silencio, la monstruosa ascensión de la sangre en el éter. Y poco á poco, alucinado sin dula por las circunstancias, figuréme ver palpitir, entre los vapores encarnados del Oriente, los labios de una herida fantástica. ¡Oh! ¡aquel cielo! ¡Aquel cielo móvil, casi blando, casi flácido! ¡Aquel cielo que parecía vivir y sentir, y cuya curva se desinflaba á medida que la substancia roja subía más en el infinito!...

—«Julio, ¿verdad?»—Era mi mujer quien pronunciaba mi nombre, ó me-

por dicho, el nombre del asesino, que por una desagradable casualidad se llamaba lo mismo que yo.

—Y ella, la marquesa Liana, ¿qué clase de mujer era?

—Mi amigo, muy enterado de los misterios de la vida parisiense, contestaba complacientemente.

—¿Ella? Una falsa marquesa, más falsa que las del Papa. Sus padres habían sido porteros ó cosa por el estilo. Pero muy lista, eso sí, y muy bella, y también muy caprichosa. En cierta ocasión se le ocurrió hacerse actriz, y como ningún empresario quería aceptarla, ni aun con dinero encima, compró un teatro. Y lo más curioso es que tuvo éxito. Sarcey habló de ella como de una graciosa esperanza del arte ligero. Al cabo de poco tiempo abandonó las tablas y se afilió á una secta ocultista. Ase-

guran que decía la misa negra vestida de Papa diabólico, y que una noche sirvió á sus invitados un plato de raviolis hechos con hostias consagradas. ¿Verdad que es espantoso? Algún tiempo antes de morir abandonó también la magia negra y se entregó en cuerpo y alma á la anarquía... en cuerpo sobre todo. Creo que á su asesino lo conoció en un club de compañeros.

—¡Ah! entonces ¿lo conocia?

—¡Ya lo creo! Si vivieron juntos un par de meses, queriéndose mucho, según parece. Ella, por lo menos, es indudable que lo adoraba á su manera, una manera brusca y variable. En el momento de morir, la doncella que dormía en el cuarto vecino al suyo, la oyó pronunciar, con voz de hipo, pero sin horror, sin crispaciones, el nombre de su Julio.

El, para obligarla á callar, «á morir en silencio», como luego ha dicho,



la tapaba la boca con su boca... ¡Ergúrese usted qué beso!

El tono de mi amigo en aquel si-

tío, á aquella hora, me disgustaba profundamente. Para hacerle cambiar de conversación les indiqué con el dedo el grupo que formaban los ayudantes del verdugo, trabajando ya en edificar el cadalso.

—¡La guillotina! — exclamó mi mujer apretándome el brazo nerviosamente... Pero en seguida preguntó de nuevo:

—¿Y después, qué hizo Julio?

La plaza empezaba á llenarse de gente: seres pálidos, rostros patibularios, todos los candidatos á la pena de muerte estaban allí mirando con inmensos ojos de fiebre los preparativos de la *viuda*, como en términos de *argot* parisiense se llama la segadora mecánica de cabezas. De trecho en trecho, sin embargo, un traje de seda clara ponía una nota elegante entre tanto harapo.

—Son las eternas curiosas — dijo mi amigo.

Luego, contestando á mi mujer que insistía, prosiguió:

—Julio se escapó tontamente. Si se hubiese entregado, tal vez estaría ahora libre, pues su crimen habrían podido pasar por un acto pasional; pero desapareció y con él desaparecieron algunas sortijas de valor, unos cuantos billetes de mil francos... ¿Y sabe usted quién le denunció á la policía? Su propia madre. ¡Una idea de mujer honrada, viuda de capitán! El se había escondido en un hotel donde el ama le quería muchísimo y donde la criada le adoraba... un hotel del barrio de San Sulpicio, frecuentado por curas de provincia... Y lo más extraño es que no vendió las joyas, sino que las regaló á una chiquilla, de quien esta-

ba enamorado... Porque el tal Julio resulta un verdadero don Juan del crimen.

—¿Era guapo?—preguntó mi mujer.

—Mírelo usted.

En aquel mismo momento, en efecto, las puertas de la prisión se abrieron. Un escalofrío sacudió á la multitud, y por los sables de los gendarmes que presentaban las armas á la muerte, un reflejo siniestro pasó rápidamente. El silencio, un silencio de angustia, de hielo, de miedo; un silencio casi religioso; un lamentable silencio fantasmal, reinó un minuto. Después se esparció en el ambiente un murmullo sordo, sin palabras, hecho de tosidos secos, de crujir de dientes, de entonaciones guturales y de chasquidos de lenguas que buscaban en el fondo de la boca

seca un poco de saliva refrescante.

Yo no vi nada. Vi á un sacerdote, sí, que marchaba hacia atrás levantando un crucifijo; vi un grupo, una camisa blanca entre varias levitas negras; vi... No; no vi la cabeza, no vi el cuerpo. Apenas si el reflejo de la cuehilla lució como un rayo de luna ante mis ojos. Y en seguida vi sangre, mucha sangre, sangre en el cielo, en el suelo y en el aire... Instintivamente me limpié las manos.

Cuando pude hablar, dije:

—Vámonos.

* * *

Mi amigo nos había abandonado. Y solos, sin valor para tomar un coche, solos por la calle sola, solos bajo el cielo de púrpura, caminábamos como autómatas. Digo «caminábamos» y debiera decir «camina-

ba yo». Ella, mi Laura, iba como siempre, ágil y rítmica, saltando cual un pájaro. Apenas si una ligera palidez y una profunda sombra azul bajo los párpados, la daban un airecillo delicioso de fatiga.

—¿Estás cansada?—le pregunté.

—No—me contestó. Para hacerme ver que no, que no mucho, que tal vez no, enseñóme, sonriendo, las divinas hileras de sus dientes y me estrechó el brazo, más que antes, más que nunca.

¡Qué largas parecían las calles! En los árboles autumnales las hojas rubias, rizadas, palpitaban con una monotonía epiléptica. La piedra de los muros estaba pálida.

Al fin llegamos. Por entre las cortinas, una claridad sin sol, sin ese polvillo de oro que penetra con los primeros reflejos matutinos y que

palpita rayando de oro la penumbra, colábase en nuestra alcoba.

Yo me senté en una butaca, junto al lecho, y dije á Laura: «Acuéstate, amor mío.»

No me hizo caso y vino á sentarse en mis rodillas, palpitando como las hojas, rubia como las hojas. Luego, sin quitarse el sombrero, con los guantes puestos, me ahogó en un abrazo delirante y me dijo mil veces entre besos nunca antes sentidos, entre besos nuevos que mordían, me dijo, con voz convulsiva, con voz de locura, de vértigo: «¡Julio!», mil veces... «¡Julio!... me dijo...

Pero yo sentía que aquel Julio no era yo.

EL CRIMEN DE BLANCA

—A mí—dijo Laura, llevándose á los labios una copa de champaña en el fondo de la cual Salomón Levy había depositado una esmeralda—, á mí lo que más me gusta es la cerveza.

—La cerveza—exclamó con gravedad el poeta Marcelo—no es una bebida plebeya. Desde la más remota antigüedad...

—¡Que se calle!—interrumpieron á un tiempo mismo cinco ó seis voces femeninas—. ¡Que se calle el académico!...

La rubia Noemí, que ya estaba

botracha y cuya gran cabellera despeinada caía sobre la mesa, llenando de ámbar luminoso las copas y los platos, echóse á reír nerviosamente con una de esas risas instintivas, sin alegría y sin franqueza, risa de histerismo y de alcohol; «¡mamá —murmuraba—, mamá, mamá!» Y las sílabas monótonas de su reclamo, mezcladas con el sonido estridente de su eterna carcajada, producían una sensación de angustia dolorosa y casi macabra.

—Su mal—aseguró Marcelo—es el mal de toda una generación que lleva sobre las espaldas degeneradas el fardo de los pecados ancestrales y que nació con cien años de vicios y de dolores. Las cortesanas modernas, lo mismo que las hetairas que endulzaron la existencia de los sutiles filósofos griegos...

Para obligarle á terminar su discurso, Laura le introdujo violentamente en la boca un bizcocho lleno de coñac y de pimienta.

El poeta tosió, estornudó; y en el instante en que iba á ponerse furioso, dióse cuenta de que su cólera haría reír al barón cuyo monóculo implacable seguía contemplándole irónicamente desde el otro extremo de la mesa.

—Los vates no debemos hablar ante los necios—dijose á sí mismo. Luego tomó un ramillete de rosas, las deshojó y cubrióse la cabeza de pétalos multicolores. «Como los dioses»—pensó. Sus párpados se cerraban pesadamente. «Tengo sueño—murmuró—, tengo sueño como Homero... *Quandoque bonus dormitat...*»

El coronel de la Mote hablaba con Clara de Luna. Su voz ronca y terrible de matamoros acostumbrado á mandar, cubría todas las risas y todos los cuchicheos.

—Aunque te burles de mí—decía—escribiré mis memorias y las titularé *Mil noches y una...* mil noches de amor... una noche de odio... ¿Te parece poco? Hablaré de todas las princesas que fueron mías y de ti también hablaré en la noche más oscura de todas, en la número novecientas noventa y nueve, después de contar la historia de las cien reinas africanas y de Blanca la funámbula...

¿Te acuerdas de aquella aventura?...

Clara bostezaba.

—¿No te acuerdas?

—¡No!

—En aquel entonces—prosiguió el coronel—yo no era más que teniente, teniente de coraceros, y tenía un casco dorado como la cabellera de Noemí, un sable más largo



que la nariz de nuestro amigo Salomón y unas botas más lucientes que tus ojos... ¡En verdad te digo, Clara, que yo era un guapo mozo y que si me hubieras conocido entonces te habrías vuelto loca!...

Como el Ministro de la Guerra tenía miedo de que su mujer me viese, enviéme de guarnición á una

ciudad de la frontera, en donde las tabernas cerraban sus puertas á las diez de la noche, dejándonos en el aprieto de escoger entre nuestras ca-



mas y el circo... Porque, eso sí, había un circo, el indispensable circo de los pueblos de soldados; un circo en el cual todas las noches de todo

el año, un apocalíptico caballero daba vueltas como en una noria, luego que una chica muy flaca había ayudado á hacer «el trapecio volante» á un hombre muy gordo. La chica se llamaba Blanca. Al principio me pareció insignificante, ni fea, ni bonita, ni nada; pero luego, no sé si por obra de la fatalidad ó por causa de la costumbre, llegó á parecerme admirable, con sus grandes ojos tristes, su rostro mate, su boca grandísima, sus piernas nerviosas, sus robustos brazos y sus movimientos de serpiente...

Una noche soné que me había mordido, y al día siguiente amanecí enamorado de ella... ¿Por qué?... No sé por qué. Pero necesitaba á aquella mujer, la necesitaba físicamente, como te necesito ahora á ti; la deseaba con toda mi carne de

veinticinco años; quería que me mordiese de veras.

Y comencé a sitiarla en toda regla á la antigua usanza, rodeándola de flores, bañándola de miradas, bombardeándola á madrigales, acrósticos y sonetos... En mi época los militares llevábamos aún una peluca, perfumada á la Luis XV, en el fondo del casco, y creíamos en los laureles de la gloria, en las rosas del amor, en las sonrisas de la recompensa. Hoy ya no; hoy ya no hay militares, sino máquinas humanas, muy orgullosas, muy sólidas, muy sabias, pero sin brillo y sin vida... Así, pues, la puse sitio... ¿Me haces el favor de darme una copa, querida Clara?

Clara, que oía el relato de su amigo con un interés benévolo e irónico, le dió dos copas, diciéndole:

—¡Una por ella y otra por mí!
Sonriendo galante, el viejo militar
las apuró en un segundo. Luego dijo:
—¡Las dos por ti, Clarísima!

* * *

Después de acariciar durante algunos instantes sus hermosos bigotes de nieve, La Mote prosiguió:

—Un mes, un mes entero me costó el triunfo... Pero bien vale un mes una mujer, ¿no te parece?...

[Y era tan excitante la tal Blanca con su palidez de noctámbula y su nerviosidad de enferma]

Lo más curioso en mí, es que, una vez la victoria lograda y los mordiscos conseguidos, en vez de quererla menos la quise con más ardor, con más pasión, con más delirio. Nuestros besos parecían besos diabólicos. Lo único desagradable era que

Blanca tenía un padre tan celoso de su honor como un caballero español y que para vernos estábamos ella y yo en la necesidad de poner en juego mil mañas y artificios. Pero tal vez era aquello mismo lo que atizaba el fuego de nuestros deseos, haciendo más fogosos nuestros idilios.

¡Oh, las mañanas estivales, en la gran ruta florida, bajo los árboles hospitalarios!... Tú nunca has experimentado tan bucólicas impresiones, mi querida Clara, porque eres una parisiense y siempre has tenido un blando lecho para tus caristas. . . ¡Yo soy un salvaje!... Si en vez de conocerte á los cuarenta años te hubiese conocido á los veinte, habríate llevado conmigo por los caminos y ahora podríamos amenizar nuestras veladas con la dulzura nostálgica de los recuerdos juveniles...

Así, pues, yo seguía yendo todas las noches al circo para admirar á mi adorada saltimbanquí que iba poniéndose cada día más guapa—(las caricias embellecen, Clara)—mientras su compañero de trapecio enflaquecía á vista de ojos. Una mañana pregunté á mi querida lo que sucedía á ese pobre diablo. Blanca se echó á llorar. «¡Diantre!—me dije—¡aquí hay algo!» Y, en efecto, era que el funambulo estaba loco de amor por Clara; que había pedido ya su mano, y que conocía el misterio de nuestras relaciones. «¡Por las barbas de Carlomagno—gritaron á la vez fieramente mi amor y mi amor propio—, ¡por las barbas del gran rey y de mi padre, que me he de vengar, pese á quien pesel...» ¿Por qué?... ¿De qué? No lo sé; pero necesitaba vengarme del tal mono que

tenía la insolencia de abrigar sentimientos análogos á los míos. No pudiendo retarle á combate singular, decidí matarle como á un perro. Mi venganza fué terrible.

Verás... Durante una semana entera no acudí á ninguna de las citas que Blanca me daba en billetes llenos de lágrimas y de quejidos; y cuando comprendí que su amor exasperado había llegado al punto de cristalización necesaria á mis planes de venganza, fui yo mismo á buscarla, y le dije lo que deseaba... Casi nada... una friolera... que ella hiciera un movimiento falso en el trapicio para que su compañero se rompiera el cráneo... «Si no lo haces, le dije, nunca volverás á verme.»



Clara se había aproximado al co-

ronel y escuchaba con inquietud el fin de la historia:

—¿Y luego?

La Mote llenó de nuevo sus dos copas; apurólas y continuó:

—Luego... eso es... Pues Blanca no contestó á mi exigencia trágica sino con un beso, un beso loco y febril, beso y mordisco á la vez, beso de vorágine, lleno de lágrimas y de promesas... Pero resultaban tan vagas las tales promesas, que yo entendía que sería necesario insistir de nuevo varias veces seguidas para imponer mi voluntad. Aquel día no le hablé más del asunto. Por la noche fui al circo cual siempre, tomé mi sitio de costumbre, y encendí, como siempre, mi cigarro, sin volverla vista hacia las barras y los trapecios que, á doce metros del suelo, llamaban la atención del público. La

orquesta de humildes violines y de modestas trompetas, preludiaba ya los acordes apagados de la parte sensacional del espectáculo: el «aire del caballero volante».

Inconscientemente mis labios sonrieron recordando mi exigencia de por la mañana. La orquesta seguía arrastrando sus notas perezosas, lánguidas, veladas; notas que parecían querer ocultarse para no distraer la atención del público; notas de melopea y de lejano salmo. De pronto un grito llenó el espacio: un grito compuesto de mil gritos, un grito de horror, de queja, de miedo, de cobardía y de rabia; el grito más espantoso que jamás ha sonado en mis oídos; un «¡ay!» que era al mismo tiempo un «¡oh!» y que rugía, y que gemía, y que crujía... y que helaba la sangre!... En el suelo, en medio

de la pista, el pobre compañero de Blanca yacía ensangrentado é inánime, mientras ella, desde lo alto de su pedestal ondulante, sonreíame con su sonrisa de Esfinge...

Clara se enjugó la frente con una servilleta. Luego, volviéndose hacia el judío Levy, que llenaba de cifras cabalísticas el mantel:

— Dame una botella, le dijo.

Bebió una copa, y, en seguida, para que el coronel no percibiese su emoción ni el brillo de las lágrimas que temblaban en sus párpados marchitos, echóse á reír nerviosamente confundiendo su carcajada con e ritornele histérico de la rubia Noemí, que continuaba gimiendo en e otro extremo de la mesa, «mamá... mamá... mamá...»

evuelta
o indi-

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Las mujeres de Zola.....	9
Después del divorcio.....	53
La guillotina.....	65
El crimen de Blanca.....	79

